

SEGUNDA PARTE

Como se vivía y sobrevivía

Los para algunos “dorados años cincuentas” tenían también su cara menos rutilante y en verdad dramática. Las páginas que siguen revelan esta última faceta exponiendo las reales condiciones de vida del pueblo cubano —tanto en los centros urbanos como en el campo. Asimismo, un reportaje expone las cifras —por vez primera publicadas en el país— sobre los impresionantes niveles de desempleo ínsitos en aquella economía dependiente y subdesarrollada. Otro trabajo refleja la existencia de un fenómeno de no tan reciente data como suele creerse: la emigración por causas económicas. Todo ello culmina con el reportaje (realizado por el autor en colaboración con la escritora Marta Vignier y el periodista y novelista Gregorio Ortega) que resultó de una encuesta entre los jóvenes de diversas clases sociales de la época.



Los pobres de Cuba hoy son más pobres que hace 40 años por crecimiento de la población y estancamiento económico debido a su estructura monoprodutora.

EL NIVEL DE VIDA DEL PUEBLO CUBANO ES HOY PEOR QUE A PRINCIPIOS DE LA REPÚBLICA

En 1915, por ejemplo, el ingreso real "per cápita" de los cubanos fue de \$289. Sin embargo, en 1954 fue de sólo \$205. En 1954, pues, los cubanos debieron comer, calzar, vestir más mal y en general disfrutar menos de la vida, que cuarenta años atrás.

El retroceso en el nivel de vida de Cuba se explica porque su población ha ido creciendo, en tanto que su economía se ha quedado atrás, estancada, rezagada, sujeta en las mallas de una estructura que le impide progresar.

Hace treinta o, más bien, cuarenta años, en Cuba se vivía mejor que en la actualidad. Es decir, en aquella época, la mayoría de la población disfrutaba de un nivel de vida superior al de hoy.

En 1915, por ejemplo, *el ingreso real "per cápita"*¹ de los cubanos fue de \$289. Sin embargo, en 1954 sólo fue de \$205. En 1954, pues, los cubanos debieron comer, calzar, vestir peor, y, en general, disfrutar menos de la vida, que cuarenta años atrás.

Esto es más trágico de lo que parece a simple vista, porque no se trata de un hecho accidental, sino de una definida tendencia nacional hacia la pauperización, que se viene perfilando desde 1925. De entonces acá las condiciones materiales de nuestro pueblo han ido empeorando y, salvo pasajeras mejorías, permanecieron casi siempre en límites inferiores a los vigentes en el período inmediato anterior a la fecha citada.

El empeoramiento progresivo de las condiciones de vida de la población es el problema social económico más

grave y trascendental que tiene Cuba ante sí. Aunque de ello no se hable nunca en sus medios políticos y politiqueros, usualmente demasiado ocupados en la rapaz defensa de los intereses personales para poderse dedicar a atender a cuestiones que sí son fundamentales para la nación.

El hecho de que hoy día los ingresos nacionales sean superiores a los del período citado no refuta las afirmaciones anteriores.

En 1915, para volver al ejemplo anterior, los ingresos nacionales monetarios de Cuba se estiman fueron de \$519 millones, en tanto que los de 1954 fueron de \$1 700 millones, más del triple. Eso es cierto. *Pero en 1915 aquellos ingresos comparativamente reducidos se aplicaban a un país que sólo tenía dos millones y medio de habitantes, mientras que los mayores ingresos de 1954 se tienen que aplicar a uno de alrededor de seis millones.*

Encima de ello hay que considerar también el valor adquisitivo de cada uno de los pesos que componen esos

millones. Con la ola inflacionaria de los últimos tiempos, resulta que ahora se necesita mucha más cantidad de dinero que antes para comprar la misma cantidad y calidad de mercancías.

De esta manera si se hacen las correcciones necesarias con los índices de precios se comprueba que los \$519 millones de 1915 representaban en realidad \$747 millones,² en tanto que los \$1 700 millones de 1954 no equivalen a mucho más de \$1 500 millones. Tampoco debe conducir a confusiones el auge de una serie de índices económicos de los que superficialmente se utilizan para demostrar la existencia de un alto nivel de vida. Que haya aumentado el número de automóviles circulantes en las ciudades, o el de residencias y casas de apartamentos, o el que se haya introducido la televisión en el país, no quiere decir que el nivel de vida general en éste haya mejorado.

Cuba tiene más de 6 millones de habitantes y el real o supuesto progreso de unas cuantas decenas de miles no puede interpretarse como el de la totalidad. Además, la propensión a invertir en ciertos renglones como los mencionados, no siempre está justificada por los ingresos correspondientes y, a la larga, tenderá a agravar la situación económica. Entonces también será evidente que muchos de esos gastos se efectuaron a expensas de otros más necesarios.

El retroceso en el nivel de vida de Cuba se explica porque su población ha ido creciendo, en tanto que su economía se ha quedado atrás, estancada, rezagada, sujeta en las mallas de una estructura que le impide progresar.

Crecimiento de la población

En 1774 —fecha del primer censo— la población de Cuba no pasaba de 1,5 habitantes por kilómetro cuadrado. Había 171 620 habitantes para los mismos (más o menos) 114 524 kilómetros cuadrados de superficie que Cuba mide hoy.

A partir de esa fecha, aproximadamente, comenzó a desarrollarse con cierto impulso la economía nacional. Consecuentemente también hubo una presión demográfica hacia arriba.

En 1861 había ya alrededor de 14 habitantes por kilómetro cuadrado. En 1919, 25,2. En 1943 llegaban a 41,7. Y el último censo, el de 1953, arrojó 50,9, con un total de 5 829 000 habitantes.

El crecimiento de la población de Cuba —excepción hecha de algún corto período— ha sido constante en todo tiempo. Pero esto si se le considera en cifras absolutas. No se puede hacer igual afirmación si se toma en cuenta el ritmo o paso interior de tal crecimiento. Ha habido épocas en que la población ha aumentado en forma acelerada, y otras en que la marcha de avance demográfico ha sido lenta, cada vez más lenta. Ello se nota perfectamente analizando sus tipos o coeficientes de creci-

miento, los cuales además tienen de interesante que reflejan el proceso económico del país.

En tanto que la economía estuvo impulsada por el auge azucarero (1902-1925), el tipo de crecimiento de la población fue produciéndose a un tipo cada vez más alto (llegó a 2,91% en el período 1907 a 1919). Mas, cuando comenzó su crisis estructural, si bien el crecimiento demográfico prosiguió, lo hizo entonces a un tipo cada vez más reducido (bajó a 1,57% entre 1931 y 1943).

Las siguientes cifras, calculadas por el Profesor Alienes,³ dan una idea mejor del proceso. Seleccionamos quince años: cinco anteriores al inicio de la crisis estructural y diez posteriores. En ellos se observa cómo hasta 1925 la población cubana se desarrolló a un tipo creciente, y cómo desde ese año en adelante lo hizo a un tipo decreciente.

Crecimiento de la población cubana (en millares de personas)

1920	85,1
1921	86,7
1922	86,6
1923	87,1
1924	87,4
1925	87,4
1926	87,3
1927	86,9
1928	86,4
1929	85,6
1930	84,6
1931	83,5
1932	82,1
1933	80,5
1934	78,7
1935	76,8

Nótese que en 1925 la población se incrementó en más de 87 400 personas y que a partir de entonces el aumento anual cada vez fue menor, llegando a sólo 76 800 personas el año 1935. Según hemos expuesto, este decrecimiento fue consecuencia de la crisis estructural que caracterizó la economía nacional desde la primera fecha citada.

Y es que, ciertamente, la curva demográfica sigue siempre con fidelidad la del progreso o retroceso de la economía. *Luego de 1925, la inmigración comenzó a cesar en Cuba, y también a reducirse el porcentaje de natalidad* (por éxodo de masas campesinas a la ciudad, donde la natalidad es más baja; por disminución relativa del número de matrimonios; y disminución relativa del número de hijos por matrimonio), *como resultado del empeoramiento de las condiciones económicas generales de la nación por la crisis azucarera y la falta de una compensadora creación de nuevas fuentes de producción y empleo.*



Obrero desplazándose hacia Oriente en busca de trabajo.

Después de 1943 se inició una reactivación de la economía nacional, acentuada durante los primeros años de la postguerra y, sobre todo, a partir del conflicto coreano. Ese mejoramiento en la economía nacional — que terminó en 1952— se tradujo en un aumento del coeficiente de desarrollo demográfico, empezando desde entonces nuestra población a crecer a un tipo mayor que el vigente en el período anterior (1931-1943), aunque sin recobrar el alto ritmo de los años de auge azucarero, que finalizó en 1925.

Se reduce el nivel de vida

Que el ritmo de crecimiento haya sido mayor o menor en ciertos períodos no altera el hecho de que la población cubana ha ido aumentando en términos absolutos durante toda la etapa republicana, y de modo ininterrumpido. Y si a esa realidad se contraponen la de que la economía nacional se ha mantenido estancada —y aun ha retrocedido— durante la segunda parte de ese período (desde 1925 hasta la actualidad), nos tropezamos con el problema histórico más grave que se ha planteado a Cuba en toda época.

Porque, no habiendo aumentado los medios económicos y sí la población, ¿no ha tenido lugar un proceso de contradicción del nivel de vida de esta última?

La respuesta científica a esta pregunta, desdichadamente, es afirmativa.

En 1925 produjimos una zafra de unos 5 millones de toneladas. En 1954 la zafra sólo fue de 4 750 000 toneladas; es decir más baja. Pero lo que mueve a preocupación es que aquella zafra de 1925 fue el principal medio

de ingreso de una nación que nada más tenía 3 430 000 habitantes, aproximadamente, en tanto que la zafra del último año citado se produce en una nación *que sigue dependiendo del azúcar como fuente fundamental de ingreso, pero que en cambio tiene 5 925 000 habitantes, aproximadamente.*

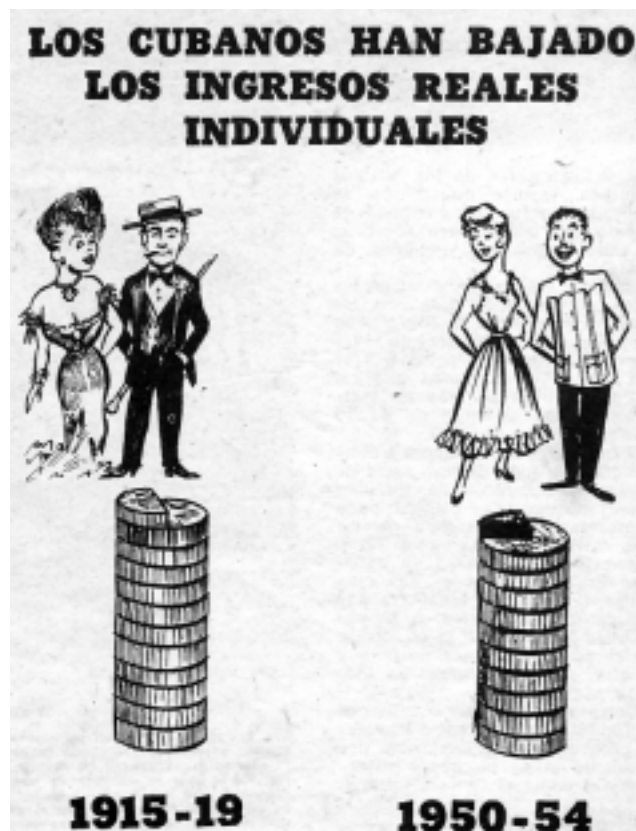
Claro, ese retroceso azucarero y el contradictorio progreso numérico de la población no hubieran tenido importancia si, simultáneamente, hubieran surgido otras fuentes de producción y empleo. Pero, como señalábamos arriba, tan supeditado está hoy el país al azúcar como en 1925. *El ligero desarrollo experimentado durante estos últimos años por ciertas ramas de la producción no alcanza, ni remotamente, a contrapesar la crisis de medios de vida provocada por el estancamiento de la primera industria.*

En su fundamental estudio sobre la economía cubana, el Profesor Julián Alienes, se plantea este dramático problema en los siguientes términos:

Valga por ahora, dice el autorizado economista, plantearse exclusivamente el siguiente problema: ¿Ha habido retroceso en el nivel de vida de Cuba a consecuencia de este crecimiento de la población sobre la base de un territorio fijo?

Y en otra parte se contesta:

Por razón de la crisis de estructura sufrida por Cuba y aún no superada totalmente por una nueva y adecuada estructura de la economía nacional, puede apreciarse una cierta tendencia al retroceso en el



nivel general de vida del país; es decir, en la cuantía de los ingresos reales per cápita.

Es conveniente que nosotros insistamos en este punto: el descenso en el nivel de vida no tiene lugar como consecuencia de un “exceso de población”, sino de una deficiente estructura económica del país, lo que impide explotar todos sus recursos y que haya empleo suficiente para cientos de miles de personas aptas.

El profesor Alienes también cuida de aclarar ese extremo, al señalar:

En Cuba es evidente que existe una cierta tendencia al retroceso en el nivel general de vida del país; es decir, en la cuantía real de los ingresos per cápita. Desde este punto de vista es evidente que existe una relativa presión demográfica, puesto que, en las condiciones dadas, el crecimiento de la población está determinando un posible retroceso en sus niveles de vida.

Y continúa:

Ahora bien, el retroceso en el nivel de vida no puede decirse que obedezca a la existencia de una presión demográfica propiamente dicha; ésta sólo podría admitirse en el supuesto de que el empleo y el aprovechamiento de los recursos naturales de que dispone el país, así como la capitalización, hubieren llegado a un extremo en ese sentido insuperable o límite, y sin embargo, la población continuase aún creciendo; mas éste no es el caso de Cuba por fortuna. Por eso que nosotros hablemos de una *presión demográfica relativa*.

Aclarando de inmediato:

En primer lugar diremos que en Cuba ni hay falta de tierras agrícolas; por el contrario, según el estimado formulado por Minneman existía en 1940 un 19,5% del territorio nacional que pudiendo ser cultivado no lo era; esto significa que la proporción de tierras cultivables cultivadas era menor que la proporción de tierras cultivables pendientes de cultivar...” Pero, además de eso, ya por sí importantísimo, en Cuba puede aún producirse una gran intensificación del rendimiento de las tierras actualmente cultivadas... Por último también es posible realizar un gran proceso de industrialización y una serie de obras públicas encaminadas exclusivamente a la intensificación de la producción agrícola e industrial privadas. Por tanto —concluye el doctor Alienes—, es evidente que esta relativa presión demográfica sólo percibible a través del crecimiento de la población y del ligero retroceso en su nivel de vida durante los últimos 25 años, podrá ser superada, *mas no a través de un nuevo y gigantesco desarrollo de su economía monoprodutora, puesto que aparte no resultar ésta, tal vez, lo más conveniente desde el punto de vista político y social, es hoy imposible desde el punto de vista comercial, ya que los mercados exteriores adecuados para esa gigantesca monoproducción están cerrados en gran parte o limitados de manera inflexible e insuperable, es decir, a través de cuotas de importación. En otras palabras, la contracción progresiva que está experimentando el nivel de vida del pueblo*



cubano sólo puede ser detenida, e invertida en un proceso de elevación del bienestar general, transformando la actual estructura económica nacional. Esta estructura económica se basa en la monoproducción azucarera y en la dependencia a un solo mercado exterior. Por eso, acertadamente, la Asociación Nacional de Industriales la calificó hace varios meses de *economía colonial*. Lo necesario, entonces, es tomar las *medidas a fondo necesarias* para propiciar su independencia, y su diversificación y desarrollo agrícola e industrial. No hay otro camino, si se quiere detener este peligroso proceso de pauperización nacional que hemos expuesto. Si queremos que dentro de unos años, los cubanos no tengan que decir, quizá, como muchos dicen hoy: que “cualquier tiempo pasado fue mejor”.

El atraso económico de Cuba se prueba con la estructura de su población por ocupaciones

	EE UU	Cuba
Personas dedicadas a producción primaria Agricultura, ganadería, bosques, pesca y caza	19%	42%
Personas dedicadas a producción secundaria Industria, electricidad, minería y construcción	30%	21%
Personas dedicadas a producción terciaria Comercio, transporte, almacenes y servicios	51%	37%

Cuanto más desarrollado es un país, mayor es la proporción de personas que se dedican a trabajar en las ocupaciones llamadas secundarias y terciarias. Cuanto más atrasado, mayor es el número de los ocupados en la llamada producción primaria. Esto se nota bien comparando a Cuba, país atrasado, con Estados Unidos, país muy desarrollado económicamente. El porcentaje de trabajadores dedicados en Estados Unidos a la industria y otras actividades altamente productivas es de un 30%,

mientras que en Cuba solamente es de un 21 por ciento. En la vecina nación, en cambio, solamente el 19% de sus habitantes empleados se ocupa de la agricultura. En Cuba más del 41%. Tal estructura está en relación con el bajo nivel de vida existente en nuestro país.

DATOS DEL CENSO DE 1953

Usted debe saber que...

El censo de 1953 reflejó 5 828 000 habitantes. Dentro de unos días estará en la calle el Censo de Población de 1953. Desde el punto de vista de la presentación esta obra representa un avance respecto a los similares realizados anteriormente. Mejor formato, abundancia de gráficos estadísticos, desarrollo más técnico. • Pero eso es lo que impresiona exteriormente. Porque detrás de la impecable tipografía se encuentra el oscuro drama de un pueblo que ha crecido junto con su miseria. El Censo ha probado que la población ha aumentado hasta colocarse en los seis millones de habitantes (5 829 000 en la fecha de su realización, cifras redondas). • Pero en cambio no dice palabra de la evidente reducción en el nivel de vida de esa población. Lamentablemente, el enfoque que da al problema del desempleo es superficial y erróneo. Según el Censo en 1953, por ejemplo, solamente había en el momento de confeccionarse el mismo, 173 811 personas “buscando trabajo”. • ¿Pero reflejan estas cifras las reales de desempleo en el país? Es evidente que no. ¿Cómo se explica entonces el supuesto error técnico del Censo? Muy sencillo. El Censo se realizó en los momentos que el desempleo en Cuba era más bajo. Es decir, últimos días de enero y primeros de febrero, ¡en plena zafra! Si se toman los datos cinco meses después a los 173 000 personas de marras hubiera habido que añadirle cerca de 400 000. • En segundo término, el Censo supone como fuera de la “fuerza de trabajo”, es decir, como no considerable

desde el punto de vista de la demanda de empleo a ¡1 376 672! mujeres que declararon ocuparse en las “labores domésticas”. • Y sin embargo, la verdad es que un altísimo porcentaje femenino se ocupa en tales labores domésticas por la sencilla razón de que no tiene “chance” de trabajar en la calle, ¿cuántas de ellas no aceptarían un trabajo si se les ofreciera? Posiblemente cientos de miles. No, en modo alguno se les puede considerar fuera de la “fuerza de trabajo”. • Mucho menos hoy que el por ciento de mujeres dentro de la población general ha crecido, y con él el número de las que desean trabajar. Desde hace cerca de 200 años, en efecto, la proporción de mujeres y hombres dentro de la población de Cuba ha ido aumentando en favor de las primeras. En 1774 solamente el 41,5% de nuestra población era femenino. En 1953 la participación llegaba casi al 49%. Esto acerca a Cuba a la población media americana que está repartida por igual entre sexo fuerte y sexo supuestamente débil. • Los movimientos internos de la población siguen con toda fidelidad los de la economía. Hasta 1925, hubo un desplazamiento de personas y de crecimiento general de la población hacia las provincias orientales, que era donde se desarrollaba entonces, cada vez más, el gigante azucarero. Desde 1925, con el estancamiento de esta industria comenzó a producirse el fenómeno contrario. De Oriente las gentes venían hacia Occidente, hacia La Habana principalmente.

6 de noviembre de 1955, pp. 46-49 y pp. 111-112

¹Resultado de dividir el total de los ingresos nacionales con el total de la población, y de corregir las cifras resultantes con el curso de los precios de las mercancías.

²Tomando como punto de comparación 1926.

³Julián Alienes. “Características fundamentales de la economía cubana”. La Habana, Publicaciones del Banco Nacional de Cuba, 1950.



Los cubanos migran de un lado para otro en la isla buscando empleo.

EL NIVEL DE VIDA DEL PUEBLO CUBANO

El ingreso "per cápita" del pueblo cubano apenas llega a los \$340 anuales. Esto es consecuencia del subdesarrollo en que se encuentra la economía del país, el cual se refleja en las condiciones materiales de vida de los grupos sociales mayoritarios, agobiados por el desempleo, el subempleo y en general los bajos ingresos. En este artículo se resumen prácticamente todos los datos hoy disponibles sobre el nivel de vida de una población que por primera vez en su historia tiene ahora la oportunidad de superar las terribles condiciones en que ha sido mantenida secularmente.

El nivel de vida del pueblo cubano se aparea con el más bajo de cualquier otro país del mundo. Cuba no está reflejada en los rascacielos ni en las residencias ni en las avenidas de lujo de La Habana. Y más allá de los paisajes que románticamente muestran las postales turísticas hay millones de seres postrados en la más ominosa de las miserias. Creo que fue un sociólogo norteamericano¹ el que dijo que el nivel de vida en los campos cubanos rivalizaba en pobreza con el de los más pobres países asiáticos. Las investigaciones realizadas prueban que esa versión no corresponde sólo a estampas alejadas y fragmentarias, sino a un fenómeno social en gran escala.

En una encuesta celebrada en 1957 por una agrupación católica, sobre el nivel de vida del obrero agrícola cubano, se obtuvieron escalofriantes resultados de una muestra científicamente seleccionada de 2 500 familias:²

El obrero agrícola cubano no dispone como promedio de más de 25 centavos diarios, para comer, vestir y calzar.

El 60% de ellos vive en bohíos de techo de guano, y piso de tierra, sin servicio ni letrina sanitaria, ni agua corriente.

El 85% de esas covachas —rezagos increíbles de la vivienda aborigen precolombina— solamente tiene una o dos piezas en las que debe hacinarse toda la familia rural —hombres, mujeres y niños— para dormir.

El 90% se alumbra con luz brillante.

El 3% no tiene luz de ninguna clase.

El 44% no asistió, no pudo asistir, jamás, a una escuela.

El 43% era analfabeto.

El alimento fundamental de esas familias es a base de arroz y frijoles (y viandas). Solamente un 11% de ellas toma leche. Solamente un 4% come carne. Solamente un 2% consume huevos. Su alimentación tiene un déficit de más de mil calorías diarias, con ausencia de vitaminas y minerales fundamentales.

A la desnutrición, la ignorancia y la insalubridad hay que añadir la enfermedad y el parasitismo. La encuesta mencionada probó que el 14% de los obreros agrícolas



de este país padece o ha padecido de tuberculosis. Que el 13% ha pasado la tifoidea. Y que el 36% *se confiesa* parasitado, lo que quiere decir que el porcentaje real es mucho más alto.

Esos datos coinciden bastante con los arrojados por el Censo de Población y Vivienda de 1953, cuyas cifras absolutas se observan en el siguiente cuadro:³

CONDICIONES DE LA VIVIENDA RURAL CUBANA

Tópicos	Número	% del total
Con techo de guano y piso de tierra.	289,534	63,4
Sin inodoro ni letrina.	244,651	54,1
Sin baño o ducha.	407,317	90,5
Alumbrándose con luz brillante.	389,537	87,6
Sin refrigerador o nevera.	419,755	96,5
Total de Viviendas Rurales	463,143	100,0

Fuente: Censo de Población, Viviendas y Electoral de 1953.

Las condiciones de vida de la población de las áreas urbanas y semiurbanas no es más envidiable. Sin embargo, sobre ese fenómeno no contamos con datos suficientemente expresivos. Tanto el Banco Nacional de Cuba como el Consejo Nacional de Economía han publicado estudios sobre el presupuesto familiar cubano, pero solamente han expuesto la composición de ese presupuesto, sin informar sobre las series de frecuencias número de familias comprendidas en cada grupo de ingresos analizado. El estimado conocido es de un 62,2% de personas trabajando por una paga inferior a \$75,00 mensuales. En el supuesto de que una familia dependiera de ese solo

ingreso, la composición de su presupuesto mensual sería el que muestra el siguiente cuadro:

COMPOSICIÓN DEL PRESUPUESTO FAMILIAR DE LOS GRUPOS CON INGRESOS DE \$75,00 MENSUALES

Concepto del gasto	Total del gasto	% del total
Alimentación	\$41,40	55,2
Servicios varios	13,13	17,5
Otros gastos	6,68	8,9
Vestido	5,02	6,7
Vivienda	8,78	11,7
% Totales	\$75,00	100,0

Debo aclarar que el cuadro anterior no refleja toda la realidad, por cuanto, en este nivel de ingresos, según demostró la encuesta del Banco Nacional, los presupuestos terminan siempre con déficits que son enjugados de distintas maneras (es decir, que hay “des-ahorro”). Pero las cifras son muy expresivas y demuestran que no son exagerados los cálculos hechos acerca de que el 30% de la población de la Ciudad de La Habana, por ejemplo, malvive hacinada en las covachas de los solares, casas de inquilinato y barrios de indigentes (obsérvese en el cuadro que en un nivel presupuestal doméstico de \$75,00 mensuales solamente pueden dedicarse \$8,78 a vivienda), sobre cuyos horrores de miseria, promiscuidad e insalubridad ya se han hecho varios estudios.⁴

El problema del desempleo

El bajo nivel de vida se explica también por otro de los grandes problemas cubanos: el desempleo. Afortunadamente ya hay algunos datos estadísticos que permiten medir la situación con relativa exactitud. Véase el siguiente cuadro:

EMPLEO Y DESEMPLEO EN CUBA
(Mayo de 1956 – abril de 1957)

Concepto	Miles de personas	% del total
Totalmente ocupadas	1,439	65,29
Parcialmente ocupadas (a)	223	10,12
Ocupadas sin remuneración	154	6,99
Desocupadas	361	16,38
Otras (b)	27	1,22
Fuerza Total de Trabajo	2,204	100,0

Fuente: Consejo Nacional de Economía, “Symposium de Recursos Naturales de Cuba”, febrero de 1958.

(a) Trabajando menos de 40 horas a la semana.

(b) con empleo, pero sin estar trabajando.

Las cifras son verdaderamente impresionantes.⁵ Durante el año de la encuesta la *fuerza de trabajo* estaba representada por 2 204 000 personas (en cifras redondas) de las cuales sólo tenían empleo 1 439 000, es decir, el 62,2%. Este dato, sin embargo, requiere dos importantes aclaraciones. La primera es que los técnicos que condujeron el “survey” excluyeron de la llamada “fuerza de trabajo” a los incapacitados permanentemente, a los jubilados, pensionados y rentistas... y a las “amas de casa”. O sea, que se excluyó del cómputo a un por ciento sustancial de la población (las citadas amas de



casa) que realiza labores domésticas en su propio hogar, en parte, porque así lo desean, *pero en parte, también, porque no han encontrado empleo fuera o porque han perdido la esperanza de encontrarlo*. La otra aclaración es que, dentro del 1,4 millón de personas empleadas, no menos del 62,2% “percibió por su trabajo menos de \$75,00 mensuales”. En otras palabras, se trata de una población empleada, pero subretribuida, lo que representa una forma de la desocupación.

Siguiendo el análisis del cuadro encontramos que no menos de 361 mil personas (16,4% de la fuerza de trabajo) se encontraban totalmente desocupadas, que 223 mil se encontraban parcialmente ocupadas (trabajando menos de 40 horas a la semana y la mayor parte, 150 mil personas, menos de 30 horas) y que unas 154 mil trabajaban sin percibir remuneración. Sumando, encontramos 738 mil cubanos o el 33,4% de la fuerza de trabajo (¡tercera parte de la población apta para laborar!) en condiciones de desempleo o subempleo.

El auge estacional del desempleo y la situación por regiones

Por otro lado, hay que destacar que la cifra de 361 mil desocupados totales corresponde a una medida aritmética de las variaciones estacionales del desempleo. Esa cifra llega a un límite mínimo en el



período febrero-abril —de la zafra azucarera— asciende a 200 mil desocupados, pero experimenta un alza pavorosa durante el llamado “tiempo muerto”: 435 mil desocupados entre mayo-junio y ¡457 mil desocupados entre agosto-octubre!

Véase este cuadro.

VARIACIÓN ESTACIONAL DEL DESEMPLEO
(Mayo de 1956 – abril de 1957)

Períodos	Miles de desempleados	% de la fuerza de trabajo
Mayo-junio	435	19,74
Agosto-octubre	457	20,74
Noviembre-enero	353	16,02
Febrero-abril	200	9,07
Promedios	361	16,38

Fuente: Consejo Nacional de Economía.

Si del análisis de la variación estacional del desempleo pasamos al de las posiciones estadísticas regionales, nos encontramos con ciertos fenómenos muy expresivos de las raíces socioeconómicas del acontecer histórico reciente de Cuba. Nótese en el siguiente cuadro cómo Oriente es la provincia de mayores niveles de desempleo, rápidamente seguida por Las Villas, y quedando las restantes provincias mucho menos afectadas.

SITUACIÓN REGIONAL DEL DESEMPLEO
(Mayo de 1956 – abril de 1957)

Provincias	Miles de desempleados	% del total
Pinar del Río	17	4,71
La Habana	78	21,61
Matanzas	32	8,86
Las Villas	83	22,99
Camagüey	43	11,91
Oriente	106	29,92
Total	361	100,00

Fuente: Consejo Nacional de Economía.

Fuentes

¹ Lowry Nelson. “Rural Cuba”. The University of Minnesota Press, 1951.

² Encuesta de la Agrupación Católica Universitaria. Ver *Carteles*, 16 de marzo de 1958, página 38 y siguientes.

³ Adaptación de los datos del Consejo Nacional de Economía y del Banco Nacional de Cuba.

⁴ Véase “Síntesis histórica de la Vivienda Popular: los horrores del solar habanero”. Juan M. Chailloux Cardona; Jesús Montero, La Habana, 1945.

⁵ Gustavo Gutiérrez. “El empleo, el subempleo y el desempleo en Cuba”. El doctor Gutiérrez fue ministro-presidente del Consejo Nacional de Economía.

13 de abril de 1959, pp. 36-37, 67.



¿HA MEDIDO USTED SU NIVEL DE VIDA?

¿En cuál grupo social de ingresos está ubicado usted?

¿Piensa que se encuentra entre los “muy pobres”? ¿Entre los simplemente pobres? ¿Entre los “medianos tirando para malo”? ¿Entre los “medianos tirando para bueno”? ¿Entre los que “están bien”? ¿O, simplemente entre los ricos?

Desde el punto de vista personal he ahí un conjunto de preguntas interesantes que seguramente el lector se ha hecho y respondido muchas veces, aunque su contestación haya venido la mayor parte de las veces coloreada de apreciaciones subjetivas.

Porque en esto del *nivel de vida* todo es relativo. Recuerdense los versos célebres del drama calderoniano (“Cuentan de un sabio que un día, tan pobre y mísero estaba ...”) Y así es en la práctica. Si a una persona habituada a gastar 10 mil pesos mensuales, se le reduce esa suma a sólo 500 pesos, es probable que se sienta la más pobre e infeliz del mundo. Empero, si a una persona acostumbrada a no disponer de más de 75 pesos mensuales, se le incrementara súbitamente ese ingreso a 500 pesos, es probable que se sienta más rica que el mismísimo Aga Khan. Piense el lector un momento en la ilusión de que sus ingresos se le quintuplican de

pronto: ¿qué sensaciones experimenta? No, no tiene que responder... Las conocemos.

El hecho es, sin embargo, que cada nivel de ingreso marca un *standard* de vida determinado, más o menos objetivamente medible. No importa que una persona de \$10 mil mensuales piense que con \$500 está en la penuria: o que una de \$60 mensuales opine que con \$500 está en la abundancia. Estadísticamente, por así decirlo, el fenómeno no varía. Y \$500 representan un poder adquisitivo de bienes y servicios capaz de satisfacer en cantidad y calidad toda una constelación de necesidades humanas.

Lo que es más significativo: cada país, en cada momento histórico, tiene grupos sociales de diferentes niveles de ingreso. *Pero los individuos que componen el grupo social de determinado nivel de ingreso, tienden a conducir sus gastos de manera similar, o sea, tienden a ostentar el mismo nivel vida.* Este fenómeno resulta particularmente apreciable en los grupos de ingresos más bajos, en los cuales los recursos disponibles son destinados a solventar las necesidades más elementales de la vida: vivienda, vestido, alimentación.

Así, pues, resulta hacedero estratificar la población de un país conforme a sus niveles de ingreso. Y luego,



estudiando cómo vive un número reducido de personas de cada nivel, resulta factible generalizar, para predecir cómo viven las demás de su grupo. Claro, hay sus variaciones. El lector puede observar una fotografía donde estén posando, por ejemplo, un noruego, un africano, un hindú, un chino y un norteamericano. Fácilmente podrá entonces identificar: “Éste es el norteamericano”. Ese norteamericano de la foto se parecerá esquemáticamente a muchos de sus congéneres, pero su ima-

gen no representará fielmente la figura de ninguno de ellos. Será algo así como un prototipo. Con nuestro retrato acerca del nivel de vida de cada grupo social de ingreso ocurrirá algo similar.

En un hogar donde los cheques de fin de mes no pasan de \$200 es posible que haya un televisor. Es posible, pero no probable. Y la experiencia indica que en la mayor parte de los hogares donde sólo se dispone de ese ingreso sus miembros ven el “Casino de la Alegría”

o “Reina por un Día” en el televisor de un vecino que tiene más de \$300 de ingreso. Hay, además, los casos excepcionales de gentes que “no pueden, pero tienen” televisor, teléfono y hasta automóvil a plazos.

Precisamente, uno de los elementos más interesantes del cuadro que insertamos en estas páginas, consiste en su carácter orientador acerca de hasta qué punto algunas familias *se desvían* de los tipos de vida promedios, según sus ingresos. Esa desviación, por supuesto, se refiere a esquemas de consumos reales. En otras palabras: el autor del trabajo no ha tratado de elucidar cuáles son los patrones de vida “ideales” para cada cuadro de ingreso. Lo que ha tratado de investigar es cuáles son en la práctica los niveles de vida que en Cuba corresponden a cada nivel de ingreso, independientemente de la circunstancia de que la gente “viva mejor de lo que sus ingresos le permita, incurriendo en deudas”, o de que “lleven una vida de agarrados, muy por debajo de sus posibilidades”, etcétera.

Mas el cuadro no solamente le indicará al lector hasta qué punto se aleja o se acerca del modo de vida de sus compatriotas de iguales o parecidos ingresos. También le podrá decir cómo tendría que vivir o cómo pudiera vivir en caso de que sus ingresos variaran hacia abajo

o hacia arriba. Claro, en este caso, la predicción resulta mucho más riesgosa. Es fácil elevar el nivel de vida (sobre todo dado lo que se llama propensión marginal a consumir). Pero resulta mucho más difícil rebajarlo. Además, desde un punto de vista general, las alzas y las bajas en los niveles de ingreso vienen acompañadas de alzas y bajas en el costo de la vida, de manera que hay una zona de reajuste en la cual se puede vivir más o menos en iguales condiciones y con menos ingresos. Por tanto, ni hay que ilusionarse ni asustarse.

Y ahora, unas palabras acerca de la fidelidad de los datos contenidos en el cuadro. El autor se ha basado, fundamentalmente, en investigaciones personales y en estudios realizados previamente sobre el presupuesto familiar cubano (en áreas urbanas y semi-urbanas). Tres de esos estudios merecen citarse: el del Banco Nacional de Cuba (Revista de junio de 1956); el del Consejo Nacional de Economía (1951); y el Estudio sobre el sector obrero del curtido de pieles (Instituto Cubano de la Producción, 1957). Cuando fue necesario, se computaron las apreciaciones con cifras estadísticas nacionales. A pesar de ello, debe tenerse, muy en cuenta, que se trata de un enfoque tentativo, nada exacto, que trabajos posteriores más acuciosos podrán superar fácilmente.

BUSQUE LA COLUMNA DE SUS INGRESOS FAMILIARES... Y CLASIFIQUE SU POSICIÓN

CONCEPTOS	INGRESO FAMILIAR "A" (Menos de \$75)	INGRESO FAMILIAR "B" (De \$75 a \$125)	INGRESO FAMILIAR "C" (De \$125 a \$200)	INGRESO FAMILIAR "D" (De \$200 a \$300)	INGRESO FAMILIAR "E" (De \$300 a \$500)	INGRESO FAMILIAR "F" (De \$500 a \$1000)
VIVIENDA	Cuarto de casa de inquilinato	Idem	A veces, casita o apartamento de reparto, de entre \$22 y \$ 35	Apartamiento de dos habitaciones, en La Habana de unos \$50 mensuales	Apartamiento de \$60 a \$85 en la Habana	Apartamiento de \$90 a \$125 o casa propia "a plazos"
ALIMENTACION	Por persona: 50 centavos diarios	Dispone de unos centavos más	Por persona: 80 centavos diarios	Idem, ligeramente superior	Por persona: de \$1 diario	Por persona: de \$1.20 diario
VESTIDO	Por persona: menos de \$20 al año	Puede vestir ligeramente mejor	Por persona: de \$40 a \$60 al año	Por persona: de \$60 a \$80 al año	Por persona: entre \$80 y \$110 al año	Por persona: unos \$125 anuales
CONFORT DOMESTICO		Radio	Radio y refrigerador a plazos	Radio, refrigerador y televisor a plazos	Radio, refrigerador, televisor, un servidor domestico	Televisor, telefono, un auto en la casa, sirvienta, manejadora, etc.
EDUCACION	Analfabetismo o tercer grado	Idem	Idem o ligeramente superior	Sexto grado, y en ocasiones, enseñanza secundaria	Enseñanza secundaria o profesional para miembros de la familia	Enseñanza secundaria o profesional. Algunas veces en el extranjero
SALUD	Se atienden en instituciones públicas	Idem	Quinta de salud o cooperativa medica	Idem	Quinta y médico particular	Clínica y médico particular
AHORRO-DEUDA	Déficit mensual	Idem	Idem	Idem	Superávit mensual. Puede ahorrar el cabeza de familia	Superávit mensual. Se ahorra más a medida que aumentan los ingresos
DIVERSIONES			Cine: una vez al mes	Cine: una o dos veces al mes	Cine varias veces al mes. Comidas ocasionales en la calle. Playa en verano	Cines, clubes, playa vacaciones en Miami, etc, etc



En La Habana ha llegado a haber hasta 23 barrios de indigentes, pero en muchas ciudades del interior también siguen siendo una dramática realidad de podredumbre y horror. El Estado —salvo en los casos muy limitados y fracasados del Barrio Obrero de Luyanó y el más antiguo Barrio de Pogolotti— nunca se ha ocupado de este problema.



No mucho mejor que la vivienda del pobre en el campo vive en Cuba el de la ciudad: ciudadela a unos 100 metros del fastuoso Capitolio.

EL DRAMÁTICO PROBLEMA DE LA VIVIENDA POPULAR

A pesar de los cientos de millones de pesos invertidos en edificaciones durante los últimos años, el problema de la falta de viviendas adecuadas y económicas para la población pobre y media sigue siendo uno de los más graves de Cuba. Como se señala en este artículo el 63.4% de las viviendas rurales del país está constituido por miserables bohíos de techo de guano y piso de tierra. Y en las ciudades hay cientos de miles de personas que se hacinan en las horribles covachas de los solares, casas de inquilinato y barrios de indigentes. Para la clase media la situación también es dramática, debido a los altos precios de los alquileres de las casas y apartamentos. Por otro lado, según se dice en el presente trabajo, la teoría de poseer una casa propia sólo es practicable para una ínfima minoría de la población.

Durante los últimos diez años se han invertido en Cuba cientos de millones de pesos en la construcción de edificios. Se estima que la tercera parte de las casas y apartamentos existentes en la actualidad han sido levantadas en ese período de tiempo. Ahora bien, ¿quiere todo ello decir que se ha resuelto o que está en vías de resolverse el dramático problema de la falta de viviendas adecuadas y económicas para las clases pobre y media de nuestra población?

Parece indudable que no. El auge reciente de las construcciones solamente ha favorecido —y relativamente, como luego veremos—, a ciertas capas sociales. Por otro lado, hay que descontar del monto total de las inversiones referidas las que se han dedicado a oficinas o locales de comercio, y también la parte de esa expansión edificativa que se ha visto compensada por el crecimiento demográfico del país.

Ciertas cifras, ciertas observaciones superficiales y cierta propaganda, no pueden desvirtuar la realidad de que la cuestión de la vivienda —vista desde el ángulo de los intereses generales de la nación— sigue siendo

una de las más graves y de las que requieren más urgente solución.

El desarrollo de algunos suntuosos repartos residenciales; la multiplicación de los edificios de apartamentos en ciudades como La Habana; la publicidad de algunos limitadísimos logros de determinados organismos oficiales; el surgimiento de innumerables compañías o cooperativas para el financiamiento y construcción de casas mediante el sistema de pagos a plazos; el relativo éxito de la llamada “propiedad horizontal”; el apogeo en fin de toda una serie de actividades de inversión y crédito relacionadas con las edificaciones, no significa, repetimos, que esté en camino la solución del problema nacional de la vivienda.

Es cierto, por ejemplo, que se han construido en estos últimos diez años muchas casas y edificios de apartamentos. Pero estas edificaciones, en cuantía superior a un 60 por ciento, han tenido lugar en La Habana. ¿Y qué porción de beneficio, por tanto, han recibido las ciudades del interior de la República? ¿Cuál la población rural?



Entre 1940 y 1955 se han invertido unos mil millones de pesos en edificaciones. Concentradas en La Habana consisten en locales para comercios, oficinas y viviendas (apartamentos) generalmente con precios de alquiler fuera del alcance de las familias de ingresos bajos o apenas medios.

Y aun en la propia capital, ¿no es cierto que las nuevas viviendas construidas, debido a sus altos precios, han estado solamente al alcance de muy reducidos grupos sociales? La respuesta es afirmativa, y no sólo en lo que respecta a los alquileres, sino sobre todo en lo que se refiere a la teoría de “la casa propia”, como demostraremos después. “¿Cree usted que en Cuba hemos avanzado en la solución del problema de la vivienda popular?”, le preguntó un reportero de *Carteles* a un distinguido arquitecto, para una entrevista que aparece en este mismo número.

La respuesta fue muy sencilla, pero realista:

“En Cuba —contestó el interrogado—, hemos avanzado en la construcción de residencias para la clase adinerada. Pero, en cambio, en la construcción de viviendas para la clase media, y más aún, para los trabajadores y los campesinos, hemos adelantado poco.”

El día del arquitecto

El día 13 de este mes se celebra en Cuba el “Día del Arquitecto”. Con tal motivo, *Carteles* dedica esta edición a rendir justo homenaje a tan ilustre sector profesional. Y este artículo no representa más que un modesto aporte del redactor a la simpática conmemoración. Naturalmente que la tesis en él sostenida lucirá a primera vista un poco alejada del tono loable que acostumbran a tener los trabajos que se producen en esas circunstancias. Pero no hay tal. Los arquitectos no son responsables

de la desastrosa situación de la vivienda cubana, ya que aquélla es una consecuencia de la actual estructura económico-social del país. Y aun puede decirse que tal situación se encuentra entre las preocupaciones fundamentales de ese sector, como lo han demostrado en distintos congresos en los que la han planteado sin ambages.

En definitiva, tenemos la creencia que este artículo cumplirá el doble propósito de denunciar uno de los aspectos más dramáticos del bajo nivel de vida a que se halla sometida nuestra población, y el de reflejar una de las grandes inquietudes de los arquitectos cubanos.

Además, el día que la Nación se decida a resolver a fondo los graves problemas relativos a la vivienda es seguro que contará con el apoyo firme y decidido de esos profesionales, técnicos capaces y tan dispuestos a la superación propia —según lo han demostrado— como a la superación de su Patria.

Y ahora, prosigamos con nuestro tema.

Un problema nacional

Lo de la vivienda, como hemos dicho, es un problema nacional.

Considérese si no el trágico contenido de estas cifras oficiales:

En Cuba el 28% de las viviendas tienen piso de tierra y techo de guano.



El bohío: típica vivienda del pobre en el campo.

El 23% no tiene inodoro ni letrina.

El 55% carece de baño o ducha.

El 40% se alumbra con quinqués de luz brillante.

El 75% no dispone de refrigerador, ni siquiera de una modesta nevera.

Todo esto, en pocas palabras, significa que en nuestro país una gran parte de la población —cerca de la mitad— vive en condiciones físicas que no son superiores a las de los indígenas que habitaban la Isla en la época del descubrimiento, hace de esto más de 400 años. El bohío de los siboneyes, en efecto, sigue siendo hoy el albergue donde refugian su penuria y su miseria cientos de miles de cubanos.

Las condiciones sanitarias se hallan al mismo primitivo nivel; según se desprende de las estadísticas expuestas más arriba, así como las referentes a confort, o a simples adelantos elementales de la civilización.

En el campo

Mas los datos anteriores se refieren a la situación nacional. Pero consideremos ahora el cuadro específico que presenta la vivienda rural.

Es pavoroso. El 63,4 de las viviendas de nuestro campo está constituido por misérrimas chozas de guano y piso de tierra.

El 85%, casi la totalidad, carece de servicio de agua corriente, y la necesaria para los más elementales quehaceres hay que ir a buscarla al río o arroyo próximo, o sacarla a cubetazos de los pozos rústicos que se hayan podido construir.

El 55% de todas esas viviendas campesinas carece de inodoro o siquiera de letrina, lo que explica, en parte, el espantoso apogeo del parasitismo que les roe las entrañas a nuestros guajiros.

De luz eléctrica, ni hablar... Cuando cae la tarde, en el 88% de esos bohíos hay que encender el quinqué... cuando se dispone de luz brillante.

Y de refrigerador o nevera ¿qué decir? Solamente el tres por ciento de los hogares rurales cubanos dispone de alguno de estos artefactos. La conservación de los alimentos, pues, apenas se conoce, y cuando algún guajiro quiere refrescarse con unos sorbos de agua fría tiene que montar a lomos de su bestia y llegarse hasta alguna bien surtida bodega del pueblo próximo. Esa es, en pocas palabras, la situación de la vivienda en los campos de Cuba, a los 463 años del Descubrimiento y a los 53 de República.¹

Pero, y en la ciudad, ¿es mucho, pero mucho mejor? Veamos.

En la ciudad

De acuerdo con la propia fuente de datos utilizada hasta ahora (Censo de Población y Vivienda de 1953) parece que no.

En nuestros pueblos y ciudades —rogamos al lector habanero que no piense solamente en términos capitalinos— nada menos que el 35% de las viviendas carece de baño o ducha, y el 62,5% no tiene refrigerador ni nevera.

En nuestros centros urbanos, además, se presentan otros problemas diferentes al campo. Por ejemplo, el hacinamiento de grandes masas de población en barrios de indigentes o en inmundas ciudadelas, solares y casas de inquilinato. En La Habana llegó a haber 23 de esos barrios de pobreza y corrupción extremas, y aún quedan algunos. Pero en las grandes ciudades del interior de la República existen muchos de ellos, como en los casos gráficamente expuestos en estas mismas páginas de Camagüey y Santiago de Cuba.

Digamos algo también de los solares: en un estudio realizado en años recientes se llegó a estimar que en La Habana más de 300 000 personas —¡la tercera parte de su población total!—, vivían en la repulsiva promiscuidad que representan las habitaciones de los solares, las casas de inquilinato y las ciudadelas.

La prosa realista y desgarradora de un Curzio Malaparte resultaría pálida para describir los horrores de esos albergues que la miseria ha deparado a nuestra población pobre.

Solares hay en los que reside un promedio de ocho personas! por habitación. En otros, se dispone de un solo servicio sanitario, si así pudiera llamársele en todos los casos, para el uso de más de 200 personas. Para utilizarlo hay que guardar riguroso turno. Y eso no es nada. El redactor conoció uno en el que las heces se desbordaban y corrían y circulaban por el patio, casi siempre inundado por las pútridas aguas albañales. También eso es nada. En otro, la lucha de los inquilinos era contra las ratas, que les disputaban el espacio vital dentro de las habitaciones.



¿Casa propia? Solo una quimera para las grandes mayorías de la población. Hay que disponer de recursos para comprar el terreno, pagar la entrada (10 a 25 % del valor de la obra) y mantenerse al día en el pago de los plazos de la deuda contraída.

La clase media

Pero, se nos argüirá, ésa es la situación de los sectores más pobres de nuestro país.

Cierto. Mas ocurre que esos sectores son mayoría. Además, pasemos la hoja, y observemos el caso de la llamada clase media.

¿Puede asegurarse que no tiene problemas con la vivienda? En modo alguno. En estos sectores se reside, es verdad, en condiciones mejores que en los de ingresos inferiores. Pero lo significativo es que esta situación la disfrutan a costa de los enormes sacrificios que en el presupuesto familiar significa el alquilar una casa o un modesto apartamento de una, dos o tres habitaciones...

De acuerdo con un estudio realizado por el Banco Nacional de Cuba, en efecto, las familias que en los centros urbanos poseen un ingreso doméstico fluctuante entre 250 y 450 pesos tienen que dedicar por lo menos el 16% de su presupuesto para el pago del alquiler de la vivienda que habitan.

El alquiler de la casa, dicho sea de paso, representa la tercera partida en importancia en el presupuesto de casi todos los hogares urbanos de Cuba.

Por otro lado, habría que considerar en qué número de casos se halla justificado tal alto precio, siquiera sea teniendo en cuenta las condiciones materiales de la vivienda. *En La Habana, por ejemplo, hay que pagar 50 ó 60 pesos, o más, por pequeños apartamentos de dos habitaciones en las que el techo se puede tocar con la punta de la mano, que carecen de ventilación y que son tan oscuros que hay que mantener la luz encendida durante el día.*

Esto, por supuesto, más que culpa de los arquitectos es responsabilidad de ciertos casatenientes voraces que quieren sacar en cinco años, a costa de los inquilinos, la inversión total hecha en la construcción del edificio. También es culpa de un Estado que permite esas cosas.

¿Casa propia?

En los últimos años ha adquirido popularidad la tesis de poseer casa propia para liberarse de la carga perpetua que representa, en muchos casos, el alquiler.

La propaganda, al respecto, por descontado, ha penetrado más bien en la clase media, ya que la pobre, a lo sumo, puede ilusionarse con la lotería o con alguna de las tarifas de origen publicitario que tan en boga se han puesto en los tiempos recientes.

La tesis, en el primero de los casos, se desarrolla alrededor de la teoría de que “con terreno, una pequeña entrada y una cantidad mensual equivalente al alquiler que se paga” le es posible a cualquiera hacerse de una vivienda en qué hacer huesos viejos, sepultando en el olvido la época en que el recibo del primero de mes para el alquiler representaba un dolor de cabeza.

Sobre esta base, se han multiplicado en Cuba últimamente muchas cooperativas de “capitalización y ahorro”, de construcción de viviendas y otras compañías de financiamiento. De un tiempo a la fecha, el sistema ha adquirido mayor impulso con el establecimiento por el gobierno del Fondo de Hipotecas Aseguradas, que les garantiza a los inversionistas privados las operaciones de préstamo que realicen, bajo determinadas condiciones.

La verdad

No dudamos que, para cierto número de familias, tal procedimiento representa una posibilidad realista de poseer —al cabo de varios años, de diez a treinta por lo regular— una casa o apartamento propio.

Sin embargo, queremos señalar que, para la inmensa mayoría de la población de medianos ingresos, tal posibilidad es muy, pero muy remota.

Veamos si no:

Para llegar a poseer una casa por el sistema que analizamos, es evidente que hace falta hacer una inversión que, desde un punto de vista práctico, podemos dividir en tres capítulos: 1)terreno; 2)entrada; 3)mensualidad para la amortización del préstamo concedido para la construcción.

Aceptemos que la mensualidad equivalga más o menos a lo que una familia clase media cualquiera paga usualmente de alquiler. Y desechemos esto como un problema económico. Pues bien ¿y de dónde salen los recursos para la compra del terreno y para el pago de la entrada inicial?

El terreno, por sí solo, supone un desembolso apreciable. No vamos a pensar que una familia modesta aspira a levantar su vivienda cerca del Capitolio, donde vale \$200 o más el metro cuadrado. Pero es que aun en los barrios más apartados —nos referimos aquí a La Habana, más la observación es válida para muchas ciudades del interior—, el metro cuadrado de terreno también sale a 3,5 ó 10 pesos, lo que significa que cualquier

parcelita, bien que reconociéndose que puede estar en “zona de gran porvenir” y en “la acera de la sombra”, cuesta en total varios cientos o miles de pesos.

Empero, demos por supuesto también que se posee terreno. Ahora se presenta la otra dificultad: la entrada que hay que dar a la empresa financiadora de la construcción. ¿A cuánto asciende por lo regular esta entrada? Si tomamos como índice las tablas del financiamiento del Fondo de Hipotecas Aseguradas, aplicables a una unidad de vivienda familiar típica, tablas que representan hasta cierto punto la tendencia dominante al respecto en el mercado, nos encontraremos con lo siguiente:

Para construir una casa que valga menos de siete mil pesos hace falta dar como entrada un 10 % de la cantidad que se solicita como préstamo. Para que una valga entre siete y doce mil pesos se requiere el 15 por ciento. Para las que se valoran entre 12 y 15 mil pesos es necesario abonar el 20 por ciento. Y para las valuadas entre 15 y 20 mil pesos se pide hasta un 25 por ciento.

La pregunta que hacemos ahora es la que sigue: ¿Y para qué porción de nuestra clase media son asequibles tales cantidades? La respuesta es simple: para una porción muy reducida. Observemos esto; el poseer la cantidad de dinero necesaria para hacerle frente a la inversión inicial en terreno y entrada del préstamo para la construcción supone una cierta capacidad de ahorro previa por parte de las familias que tengan el proyecto edificador.

Pero este ahorro solo es posible cuando, una vez satisfechas sus necesidades fundamentales —habitación, alimentación, vestido, servicios y recreo—, aun queda en el presupuesto un sobrante que se puede guardar. Y de nuevo inquirimos: ¿en cuántos hogares cubanos de ingresos medianos éstos son suficientes como para dedicar una parte al ahorro?

Si nos atenemos a los resultados de un estudio sobre el presupuesto familiar cubano realizado hace meses por el Banco Nacional de Cuba, nos encontraremos que son muy

pocas las familias capaces de disponer de tal excedente para ahorro. En concreto, de acuerdo con el citado estudio, tal posibilidad solamente les cabe a los hogares que tienen ingresos mensuales superiores a los \$460, ya que los que poseen inferiores solamente pueden hacerles frente a sus gastos muy ajustadamente y aún hay un límite de ingreso por debajo del cual el presupuesto siempre termina con un déficit.

En nuestro país, ya se sabe, no son muchas, relativamente, las familias que disponen de ingresos superiores a los \$460, o por lo menos en cuantía tan superior que haga posible un ahorro capaz de hacerle frente a la inversión que representa la compra de un terreno y la entrada para la obtención de un préstamo con que levantar una casa digna de llamarse como tal.

La teoría de “viva casa propia y librese del alquiler”, por tanto, no pasa de ser una hermosa ilusión para la mayor parte de nuestra sociedad media... Para ella, la carga que en muchos casos representa el alquiler excesivo va a seguir siendo una realidad durante el porvenir inmediato. Una realidad muy dura y lamentable ciertamente, aunque no tan dura ni tan lamentable como la que viven los guajiros en sus míseros bohíos y los pobres en las repulsivas covachas de los solares urbanos.

Fuentes

Censo de población y vivienda de 1953.

Departamento de Estadística del Colegio Nacional de Arquitectos. Revista del Banco Nacional de Cuba. Fondo de Hipotecas Aseguradas.

18 de marzo de 1956, pp. 47-48, 50 y 10

¹En los últimos años se han creado organizaciones privadas y oficiales —como la Fundación Cubana del Buen Vecino y la Comisión Nacional de Viviendas—, tendientes a enfrentarse con el problema, pero la magnitud de éste es tal, que los logros obtenidos no pasan de ser pequeñas gotas de agua en el océano de las necesidades de nuestra vivienda rural.

**Cientos de millones de pesos han sido invertidos en edificaciones en los últimos años...
¡Pero ni un sólo centavo se ha dedicado a mejorar las horribles condiciones de la vivienda campesina!**

Ésta es la situación de la vivienda rural cubana:

El 63,4% está constituida por bohíos de techo de guano y piso de tierra.
El 85% carece de agua corriente y se abastece directamente de los ríos o pozos cercanos.
El 54,1% no tiene ni inodoro ni letrina.
El 90,5% no tiene ni baño ni ducha.
El 96,5% no tiene refrigerador ni siquiera nevera.
El 87,6% se alumbra no con quinqués de luz brillante.

Fuente : Censo de Población y Vivienda de 1953.



ESTRUCTURA Y MISERIA DEL CAMPO CUBANO (1958)

La Agrupación Católica Universitaria terminó hace varias semanas su Encuesta sobre el Nivel de Vida del Trabajador Agrícola Cubano.

No dijeron nada nuevo los jóvenes católicos. Mas ratificaron y reactualizaron un puñado de cifras estadísticas que revelan las pavorosas e infrahumanas condiciones de vida de una parte sustancial de la población cubana.

La revisión de esos datos, a pesar de su frialdad numérica, da escalofríos de espanto.

El obrero agrícola no dispone como promedio de más de 25 centavos diarios para comer, vestir y calzar. El 60% de ellos vive en bohíos de techo de guano y piso de tierra, sin servicios ni letrina sanitaria, sin agua corriente y sin electricidad.

El 85% de esas covachas, rezagos inconcebibles de la vivienda aborígen precolombina, solamente tiene una o dos piezas en las que debe hacinarse la familia rural — hombres, mujeres y niños —, para dormir.

El 90% se alumbra con quinqués de luz brillante.

El 3% no tiene luz de ninguna clase.

El 44% de los obreros agrícolas no asistió, no pudo asistir, *jamás*, a una escuela. El 43 % permanece en la oscuridad del analfabetismo.

Esos obreros y sus familias se alimentan fundamentalmente a base de arroz y frijoles. Solamente un 11% de ellos toma leche. Solamente un 4% come carne. Solamente un 2% consume huevos. Su alimentación tiene un déficit promedio de más de mil calorías diarias. Y la carencia de vitaminas y elementos minerales en tal régimen subdietético no por incalculable es menos evidente.

Así, a la insalubridad y la ignorancia, se une la desnutrición como factor descriptivo esencial de las condiciones vitales de este sector del pueblo cubano. De ahí a la degeneración física sólo hay un paso. ¿Se ha dado? Quizá.

La talla promedio del obrero agrícola cubano es de sólo cinco pies y cuatro pulgadas. Lástima que no se pueda realizar un estudio comparativo con la estatura del pueblo cubano de hace cien años y que no se lleve a cabo la comparación con la talla promedio actual de los factores étnicos que han contribuido a la formación del pueblo cubano de hoy.

Y a la desnutrición, la ignorancia y la insalubridad, debe añadirse la enfermedad y el parasitismo. La encuesta católica universitaria probó que el 14% de los obreros agrícolas de este país padece o ha padecido de tuberculosis. Que el 13% ha pasado la tifoidea. Y que el 36% se *confiesa* parasitado, lo que quiere decir que el por ciento real es mucho más alto.

No de balde, un técnico norteamericano que nos visitara recientemente declaró que las condiciones de vida



en las áreas rurales de Cuba eran las más infelices del mundo, más infelices, conforme a su experiencia, que las de la mayoría de los pueblos atrasados de África y Asia.

La causa matriz

Mas, ¿qué explica esa pavorosa situación?

Porque, evidentemente, esos dos millones y medio de personas (40% de la población total del país) sometidas a tales condiciones de vida, no lo están por su agrado, ni por ignorancia, ni por falta de deseos o capacidad para el trabajo.

De hecho, ni una campaña educativa ni una campaña caritativa, aunque la llevara a cabo la más poderosa neoliga “Contra el analfabetismo y la miseria”, podría resolver el problema. A menos que se enfrentara con sus causas matrices, esto es, la inadecuada estructura económica y social del país. Más específicamente: su inadecuada estructura agraria.

El bajo nivel de vida de la población rural cubana está determinado por sus escasos ingresos. Y esos

escasos ingresos se deben a que los agricultores apenas si pueden mantenerse superexplotando una pequeña parcela de tierra que cada vez rinde menos. Y a que los obreros agrícolas tienen limitadas posibilidades de empleo a la zafra azucarera y a algunas cosechas de cierta importancia, por lo que se encuentran desocupados y sin ganar un solo centavo durante la mayor parte del año.

Empero, dada la estructura de la propiedad y la producción agrícola nacional, no podría ser de otra manera.

Un agricultor carece de tierras, porque un grupo limitado de empresas y terratenientes controlan casi el 70% del área nacional en fincas, de cuya extensión apenas si aprovechan la décima parte.

Un obrero agrícola carece de trabajo, porque el latifundio y el monocultivo azucarero, impiden la diversificación y expansión de la producción agrícola limitando al mínimo sus posibilidades de empleo.

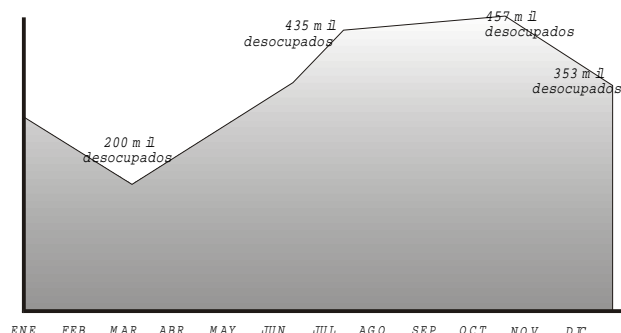
En tanto y en cuanto este esquema agrario se mantenga intangible, la situación de miserable penuria de la población rural permanecerá igual.

Lo que resolvería el problema es la elevación de los ingresos reales de ese grupo social. Y esto solamente puede lograrse mediante transformaciones sustantivas en el régimen de distribución de la propiedad y en la multiplicación y expansión de los tipos de cultivo.

Y aclaremos que una alteración estructural de esa naturaleza no representaría nunca un atentado contra la propiedad ni contra el sistema capitalista vigente.

Por el contrario, es el modo de rígida concentración de la propiedad en pocas manos el que impide la reafirmación y necesaria movilidad de la propiedad. Las propias y relativamente cuantiosas rentas son las que desalientan al empresario agrícola y le anulan sus posibilidades de ahorro destinado a la inversión. Asimismo, el latifundio y el monocultivo son los que obstaculizan la expansión de un mercado interior que es imprescindible para el desarrollo capitalista de las industrias.

DESEMPLEO... SUBEMPLEO.... 25 centavos diarios para vivir



**“Tiempo muerto”:
impresionante auge de la desocupación.**

EN CUBA HAY UN PROBLEMA DE DESEMPLEO, PERO TAMBIÉN DE SUBRETRIBUCIÓN. HAY ALREDEDOR DE UN MILLÓN DE PERSONAS QUE GANAN MENOS DE \$75 MENSUALES

665 mil personas total o parcialmente desocupadas.

632 mil que ganan más de \$75 mensuales.

Más de un millón de personas ganando menos de \$75 mensuales.

El potencial humano del campo

El Censo Agrícola de 1945 apuntó la existencia de 830 mil trabajadores rurales, comprendiendo en la cifra a más de 285 mil personas que no eran asalariadas (campesinos y sus familias que laboran en fincas propias, arrendadas o cedidas a partido) y alrededor de 550 mil asalariadas (obrerros agrícolas propiamente, la mayoría). La casi totalidad de los obreros agrícolas solamente trabaja una parte del año, durante el período de la zafra azucarera. El resto del año permanecen desocupados, o parcialmente ocupados en las labores azucareras de tiempo muerto, o en las breves “zafra” de las cosechas de café, arroz y tabaco, donde devengan un ínfimo salario. Los agricultores o campesinos trabajan casi todo el año. Y sus ingresos no proceden de un jornal sino del producto de la cosecha de la finca. Una parte de ese producto se destina al consumo interno de ellos y sus familiares. Y otra parte, el excedente, se vende en el mercado. Muchos de estos campesinos —colonos pequeños— siembran caña y dependen para sus ingresos del precio del azúcar.

De conjunto, como señalamos, campesinos y agricultores representan una fuerza de trabajo de más de 830 mil personas. Seguramente más de 855 mil, conforme el survey sobre el empleo y desempleo recientemente llevado a cabo, y tomando en consideración que en esa fuerza de trabajo han sido totalmente o casi totalmente excluidas las mujeres...

Si se considera que dependen por lo menos tres personas de cada uno de los miembros de esa fuerza de trabajo, además, llegamos a la conclusión de que la población que libra sus ingresos de la agricultura pasa en Cuba de los 2,5 millones.

La cuestión campesina

Pero interesa que insistamos en el problema de los campesinos o agricultores, cuyas condiciones de vida no son superiores en lo general a las de los obreros rurales, aparte de que son los directamente vinculados al problema de la deficiente estructura agraria. Y aparte de que, las soluciones que se logren para ellos, a la larga son también las soluciones para los proletarios del campo.

La cuestión campesina de Cuba hay que enjuiciarla desde dos ángulos.

El del régimen de tenencia de las tierras; y

El de la distribución de la propiedad agraria.

Veamos lo primero:

De unas 160 mil fincas existentes en Cuba, cerca de 47 mil (30%) están en manos de sus propietarios. Pero 53 mil (33%) son operadas por arrendatarios y subarrendatarios; 33 mil (20%) funcionan bajo el régimen de aparcería; y 14 mil (9%) se hallan en posesión de precaristas.

Las estadísticas demuestran que no son los propietarios, sino los arrendatarios, subarrendatarios y aparceros quienes cultivan al máximo de sus recursos las tierras bajo su dominio. Las fincas operadas por sus propietarios apenas si tienen dedicado a cultivos un 16% de su extensión total. Pero en cambio, las fincas operadas bajo otros tipos de tenencia son explotadas en proporción de un 28 a un 40% de su área.

De ahí no puede deducirse sin embargo que el régimen de propiedad en sí conlleve la tendencia a un abandono de las tierras. En manera alguna.

Lo que conduce a un desaprovechamiento de los suelos es el control sobre una propiedad latifundiaria. Cuando el fundo es pequeño, lo mismo si es propio, que si es arrendado que si está dado a partido, la explotación es más o menos intensa, conforme los recursos económicos del agricultor pero siempre se explota en el mayor grado posible.

Y es que los propietarios pequeños, lo mismo que los campesinos que solamente tienen una corta extensión de tierra bajo cualquiera otra forma de tenencia, están forzados a extraer el mayor rendimiento de la finca. Los primeros, para poder vivir. Los segundos, para poder vivir y además hacerle frente al pago de la renta. Recuérdese que en Cuba el 70% de los predios tienen menos de 25 hectáreas (casi dos caballerías) y que la mayor parte de ellos produce ingresos mensuales que no pasan de los \$84.

El problema de la formación de capital

El pago de la renta, por otro lado absorbe una parte sustancial de los ingresos de cerca de 86 mil agricultores que trabajan una tierra que no es propia. Esa enajenación de los resultados del esfuerzo propio no solamente constituye un factor desalentador, *sino que impide que el campesino forme los ahorros necesarios para realizar inversiones en equipos y mejoras técnicas del cultivo.*

Ese último hecho tiene extraordinaria importancia.

Porque la renta, más los artículos que el trabajador de la tierra tiene que adquirir en el mercado para consumo propio y de su familia, absorben todo o casi todo el excedente de valor producido por la finca. Consecuentemente, apenas si le quedan recursos para comprar útiles de labranza, maquinaria, fertilizantes. En otras palabras, no puede *reinvertir*.

Por otro lado, el alza ocasional en el precio de la renta, el incremento inflacionario de los precios de los artículos manufacturados y semimanufacturados que la finca no produce y que hay que adquirir en el pueblo o ciudad próximos, más la multiplicación del número de personas que vive del mismo pedazo de tierra, imponen un explotación cada vez más intensiva de ésta.

El campesino, por tanto, tiene que extraer un rendimiento progresivamente mayor del suelo. Pero ese rendimiento, por necesidad, resulta cada vez menor; por-

Las cifras pavorosas de desempleo y baja remuneración que aparecen en los cuadros anteriores, son aún más impresionantes cuando se aplican a la fuerza de trabajo campesina. La familia del obrero agrícola cubano ingresa como promedio \$548,75 al año. O, lo que es igual, \$45,72 al mes. O, lo que es también lo mismo, \$1,50 diarios. Eso significa una disponibilidad "por persona" de sólo 25 centavos al día, que tienen que distribuirse a razón de 17 centavos para alimentos, 4 para vestidos y 4 para otros gastos.

Ese presupuesto ínfimo de gastos representa no solamente desnutrición y condiciones de vida infracivilizadas, sino también un grave problema para el desarrollo económico del país. Mientras las familias agrícolas no dispongan de mayores recursos, no habrá un mercado interior capaz de consumir y estimular la producción industrial y semindustrial de las ciudades. ¿Cómo pueden, por ejemplo, expandirse las industrias textiles, de confecciones y zapatos en un país donde casi la mitad de la población dispone de sólo un "per cápita" de cuatro centavos diarios para vestir y calzar? Los países hoy desarrollados del mundo comenzaron su ascenso con la reforma agraria. Y ésta no fue impulsada por los campesinos, sino, en muchas ocasiones, por los propios empresarios industriales.

que no hay renovación del equipo, porque no se retribuyen adecuadamente a la tierra los elementos básicos exaccionados durante el proceso de cosecha, y porque la presión demográfica sobre la misma área va en aumento. Aquí es donde entra en funciones la Ley enunciada por los economistas ingleses de hace dos siglos: la de los Rendimientos Decrecientes.

Un problema general

Además, y aparte de las consecuencias específicas de la superexplotación de los pequeños predios, hay el problema general de que la productividad de la tierra cubana tiende a decaer desde hace años.

¿Las causas?

La tumba de montes y el cultivo sin aplicación de sistemas de conservación de suelos, han reducido la capacidad de absorción del agua de las precipitaciones por parte de aquéllos, y han facilitado la labor devastadora de la erosión, que a su vez ha barrido con las capas más fértiles de muchas regiones.

La falta de rotación de las cosechas —y las cosechas inadecuadas para los tipos de tierra— han descompensado el balance normal de los elementos minerales y orgánicos de los suelos más productivos.

Las *candeladas* han destruido el humus, la flora y la fauna microbiana que son fuente de fertilidad.

Los abonos, salvo excepciones de algunos cultivos, no se han aplicado nunca. Y cuando se ha hecho ha sido arbitrariamente, de manera que se han producido excesos de ciertos elementos minerales en los suelos.

En Cuba el hombre ha trastornado y roto el equilibrio de la Naturaleza.

Y la Naturaleza se ha vengado reduciendo su capacidad fructificadora.

Lamentablemente, las consecuencias las han pagado quienes por necesidad han cometido los mayores errores téc-

nicos en su explotación: los campesinos pobres, encerrados ahora en el trágico círculo vicioso de tener que extraer cada vez más de la tierra, mientras ésta cada vez puede darles menos. Así de grave es el problema agrario de Cuba.

La tierra ancha y ajena

Para el lector habrá quedado bien claro, sin embargo, que ese problema tiene mayores implicaciones que las simplemente derivadas de la necesidad de superar técnicas de cultivo.

Lo que realmente impulsa en Cuba la explotación anticientífica e inadecuada de las tierras e inferioriza progresivamente las condiciones de vida en el campo, es la falta de áreas productivas y bajo adecuado régimen de tenencia *en manos de los agricultores que verdaderamente trabajan*.

Una descentralización de la propiedad rural, y un sistema de tenencia adecuado, permitirían a los agricultores extender sus cultivos y formar los ahorros necesarios para superar sus técnicas.

Porque en Cuba no se trata, como en otras regiones, de un exceso de la población relativamente al área cultivable existente. Tierras, las hay. Pero concentradas en unas pocas manos que no las ponen a producir.

Aquí, el 70% del número total de fincas, son predios pequeños de menos de 25 hectáreas de extensión que, no obstante su carácter mayoritario, disponen solamente del 10% del área nacional en la fincas.

La otra cara de la medalla es que existen unas 12 mil fincas (8% del total), de entre 100 y 1 000 hectáreas, que controlan el 35% del área total en fincas. Y que además hay 894 imponentes latifundios de más de 1 000 hectáreas que disponen del 36% del área en fincas.

Es decir, que apenas 13 mil fincas (de más de 100 hectáreas) absorben alrededor de 6 millones de hectáreas, mientras que 112 mil fincas (de menos de 25

LAS PAVOROSAS CONDICIONES DE VIDA DE LA FAMILIA AGRÍCOLA CUBANA

E l 60% vive en casas de madera, guano y piso de tierra

Q ue en un 64% no tienen inodoro ni letrina sanitaria

Y que en un 83% no tienen baño, ni ducha, ni agua corriente

E l 36% está parasitada

E l 91% aparece evidentemente desnutrida

E l 43% no sabe leer ni escribir

E l 90% se alumbraba con quinqués de luz brillante

mil hectáreas) solamente disponen de 1 millón de hectáreas en total.

La concentración de la propiedad agraria en Cuba queda de esta manera evidenciada.

Los latifundios de tan generosa extensión se encuentran en manos de compañías azucareras —nacionales y extranjeras— y de terratenientes criollos dedicados a la ganadería. La industria azucarera posee más de 2,7 millones de hectáreas, pero ni con una zafra récord siembra de caña más de la mitad de esa superficie. La ganadería dispone de 4 millones de hectáreas, mas, para el número de reses que cría, mejora y ceba, bien le bastaría con la mitad y aun con la cuarta parte.

La redistribución de esas vastas extensiones de tierra entre campesinos que van malmuriendo en sus pequeños y superexplotados fundos y entre parte de los obreros agrícolas desocupados casi todo el año, se presenta así a la vista como la solución más humana, lógica y económica del problema planteado.

Esa solución, no obstante, encontraría grandes dificultades en su aplicación.

La élite cerrada y rígida

Porque la *élite* empresarial y terrateniente cuyos títulos de propiedad cubren prácticamente las tres cuartas partes del territorio nacional aprovechable para la explotación agropecuaria, representa una de las secciones más rígidas y cerradas de la estructura social del país. Sin contar que dentro de la porción empresarial se encuentran comprendidas unas cuantas prepotentes compañías foráneas.

Esa élite no explota la tierra ni en la mínima parte de sus posibilidades. Pero tampoco permite que alguien lo haga por ella. Y hasta es hipersensible a cualquier planteamiento que ponga en tela de juicio la conveniencia que tal política tiene para los intereses nacionales.

Ha echado por otro lado raíces en los mismos poderes del Estado, donde su presencia y su influencia son determinantes. Y ello explica que apenas si hayan tenido interferencias en el ejercicio de un derecho a la propiedad que es un lastre para el progreso del país y que está cuajado de los más caracterizados rezagos feudales (la aparcería, tan común en Cuba, es un contrato típicamente feudal).

Explica también que durante años hayan mantenido frenado el desarrollo de la nación, sin que una legislación agresiva les haya salido al paso, y sin que por lo menos se haya mantenido constante en la opinión una prédica iluminadora al respecto.

Parece, inclusive, que ya ha pasado la época en que la reforma agraria era el punto focal de la agitación programática de los partidos políticos.

Apenas si se escucha hablar de ella. Y, salvo excepciones, hasta los propios economistas criollos han evadido el tratamiento de la cuestión influidos quizá por intereses del más puro matiz feudal, ya que el más indocumentado de todos sabe o debe saber que la reforma agraria es uno de los presupuestos del desarrollo económico. Hay en este sector, confesémoslo, mucha terminología keynesiana y nekeynesiana. Pero muy poco interés en comprometerse, siquiera sea teóricamente, con los problemas candentes del verdadero interés nacional.

CON ESTA ESTRUCTURA AGRARIA NO PUEDE HABER DESARROLLO ECONÓMICO

111 mil fincas	1 millón de ha.	<i>El 70% de las fincas tiene menos de 25 ha., y están concentradas en el 16% del área nacional</i>
36 mil fincas	1,6 millones de ha.	<i>El 22,5% de las fincas — de entre 25 y 100 ha. — disponen del 18% del área nacional</i>
12 mil fincas	3 millones de ha.	<i>El 7,4% de las fincas — de entre 100 y 1 000 ha. — disponen del 35% del área nacional</i>
894 fincas	3 millones de ha.	<i>El 0,5% de las fincas — de más de 1 000 ha. — controla más del 20% del área nacional</i>

Agricultura e industrialización

Cuba necesita urgentemente diversificar y expandir su economía. Ya no puede depender del azúcar, cuyo volumen de producción se ha estabilizado o tiende a contraerse, mientras que la población del país aumenta a una tasa altísima (2,3%). En 1925 la zafra llegó a unos cinco millones de toneladas. Entonces el país tenía unos tres millones de habitantes. En 1958 la zafra tiene niveles similares, pero la diferencia está en que la población se ha duplicado en ese lapso.

El camino del desarrollo está en la industrialización.

Pero, cosa paradójica, sin reforma agraria no hay industrialización. Porque, para su expansión, las empresas urbanas requieren del poder adquisitivo de un fuerte mercado interior: del mercado rural. Y en ese mercado por ahora no hay posibilidades mientras haya familias campesinas cuyos ingresos mensuales completos no pasen de \$50.

Y no hay que pensar en los mercados exteriores. La época en que el desarrollo se podía confiar a las exportaciones, pertenece a una página doblada hace rato por la Historia. Para progresar, los industriales cubanos tienen que mirar hacia adentro, y no hacia afuera.

En los países industriales de hoy, la reforma agraria se impuso hace siglos, impulsada por los empresarios urbanos que requerían el poder adquisitivo del campo y la mano de obra barata procedente de éste, y para ampliar sus producciones y acumular capital a un alto ritmo.

Como apunta Gunnar Myrdal, “en la época en que iniciaron su desarrollo económico, ninguno de los países industrialmente adelantados en la actualidad ofrecía las extremadas desigualdades sociales y económicas y la estructura de clases sumamente rígida que se observan en los países subdesarrollados de hoy”.

Y, más adelante: “La reforma agraria es además una condición primordial del crecimiento industrial. Uno de los principales obstáculos a la industrialización de los países subdesarrollados es la falta de un mercado amplio y en estado de expansión. Esto, a su vez, es consecuencia de la pobreza y el bajo nivel de vida de la gente que en su mayoría obtiene su sustento de la agricultura.”

Y los expertos económicos de las Naciones Unidas apuntan:

“En varios países subdesarrollados los campesinos están despiadadamente explotados por una clase terrateniente que no desempeña ninguna función social útil.

Esta clase se esfuerza por acaparar la mayor parte del incremento de la producción agrícola, y en tal forma es una rémora para los arrendatarios, desalentándolos así de hacer mejoras en la agricultura, y, en todo caso, dejándoles escasos ingresos para que puedan hacer ahorros e invertirlos en la tierra.”

En el caso concreto de Cuba hay además, otro argumento fundamental.

El país importa anualmente productos alimenticios por valor de más de \$120 millones. Y uno de los prerequisites del desarrollo supone sustituir esas importaciones por artículos de producción interna, lo que representa no sólo una elevación de los niveles de Ingreso Nacional, *sino una liberación de divisas que pudieran aprovecharse para la adquisición de los bienes de capital necesarios para el citado desarrollo económico.*

Y, como éste, pudieran citarse muchos argumentos más, en favor de la reforma agraria.

Baste con los expuestos.

16 de marzo de 1958, pp. 38-40, 113-114

Algunas referencias¹

Gunnar Myrdal: “Solidaridad o desintegración”. Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

“Reforma Agraria”: Naciones Unidas.

Ragnar Nurkse: “Problemas de Formación de capital en los países insuficientemente desarrollados”.

Ingeniero José Arteaga y Ortega: Trabajo presentado en el I Symposium Nacional de Recursos Naturales de Cuba: “Recursos de la Tierra (Suelos y Agricultura)”.

Emilio Fontana Méndez: Trabajo presentado en el I Symposium Nacional de Recursos Naturales de Cuba: “La conveniente explotación planificada de Nuestras Tierras”.

Censo Nacional de Población y Vivienda: 1953.

Censo Agrícola Nacional: 1946.

Encuesta sobre Empleo, Desempleo y Subempleo en Cuba. Consejo Nacional de Economía, 1957.

¹Las referencias se han respetado tal y como se publicaron en la edición citada de Carteles (N. de la E.).

LA DRAMÁTICA SITUACIÓN EN LOS CAMPOS CUBANOS

El nivel de vida de los obreros azucareros. La zafra de 1930 y la de 1954. Un tiempo muerto realmente trágico. "Paraná Cinco". El barracón. Lo que comen los obreros agrícolas. "Mire usted cómo viviremos aquí... ni los animales". Los factores externos de la difícil situación. El problema del costo de la vida. Un fenómeno de migración golondrina. ¡Desde Camagüey... a pie ! El ángulo humano y el ángulo económico. Lo que han ganado las empresas azucareras durante los últimos años. Lo que dijo Ferrara. Los jornales de los azucareros y la economía nacional.

Las condiciones de vida de 500 mil obreros azucareros han experimentado en los últimos años, los de restricción, el más violento descenso en toda la etapa republicana.

Ni siquiera los años de desastre de la década de los treinta parecen comparables a los presentes, lo que es explicable. La zafra de 1930 fue de 4 670 000 toneladas. La de 1954 fue apenas superior: 4 750 000. Pero en cambio, en 1954 Cuba tenía dos millones de habitantes más que en 1930 y, aunque los jornales son mayores el costo de la vida es tres o cuatro veces superior al de entonces.

Y las perspectivas para el nuevo año no son mejores. La zafra de 1954 duró casi un mes menos que la de 1952. Ésta que empieza ahora será aún más corta, y además se inicia bajo el signo de los desplazamientos, la demora en el comienzo de las reparaciones de los ingenios, el cierre de los créditos, al abandono de las cañas en tiempo muerto y el intento de reajustar los salarios.

La situación en el campo

Tales circunstancias se han aunado para producir en el campo la situación descrita en el primer párrafo. Allá el último tiempo muerto ha sido realmente trágico. No ha habido trabajo. Tampoco crédito. Y la miseria se ha enseñoreado de los bohíos y barracones. Como se muestra en este reportaje, las condiciones son tan desesperadas que, despavoridas ante la situación, miles de familias han abandonado sus hogares para vagar desesperadas por los bateyes y pueblos cercanos en busca de pan y trabajo.

Intención del reportaje

Este reportaje intenta, de una parte, exponer las condiciones de vida de los obreros azucareros al cabo de dos años de política restriccionista; y de la otra, plantear en términos objetivos algunas de las facetas de la importante cuestión de la costeabilidad de los actuales salarios de esos mismos trabajadores.

Por tanto, en su orden, he aquí:

1. Cómo se vive en una colonia agrícola azucarera.



2. El fenómeno migratorio interno —emigración golondrina— como ejemplo de la penuria creciente en el campo.

3. Las consecuencias de un “reajuste” azucarero en la economía nacional.

4. La situación de las empresas azucareras.

Los obreros azucareros

En cifras redondas, puede decirse que en Cuba hay unos 500 mil obreros azucareros. De ellos, alrededor de 90 mil trabajan en el sector fabril de la industria (los ingenios), mientras el resto lo hace en el sector agrícola, la mayoría como macheteros en los cañaverales.

Los jornales más ínfimos son los que ganan estos últimos obreros. Consecuentemente, su existencia se de-

sarrolla también en condiciones inferiores. *A despecho de todas las afirmaciones en contrario, el nivel de vida de los hombres que trabajan en los campos de caña de nuestro país es uno de los más bajos entre los obreros agrícolas del mundo entero.*

El presente trabajo gira fundamentalmente alrededor de los trabajadores agrícolas azucareros, aunque no debe entenderse que los trabajadores del sector industrial atraviesan una situación sustancialmente mejor, ya que éstos también sufren las dificultades de un jornal insuficiente para hacerle frente al alto costo de la vida, de un tiempo muerto cuajado de escaseces y en general de muy pobres condiciones de vida.

“Paraná Cinco”

Una buena parte de los obreros azucareros del sector agrícola vive en las *colonias*, en una suma de casuchas y barracones encerrados en el interior de inmensos cañaverales. Hay excepciones, desde luego. Pero son eso, excepciones.

Para que el lector se haga una idea de lo que son estas comunidades de miseria, vamos a describirle “Paraná Cinco”, colonia agrícola de un central de la provincia de Oriente.¹

Esta colonia está constituida por una agrupación de quince o veinte chozas y un barracón, amontonados sobre un pedazo de tierra que surge como isla en medio del mar de cañas, a sólo unos kilómetros del ingenio y poblado a que pertenece.

Para que el lector se haga una idea de las condiciones en que se encuentran esas chozas, bástenos decirle que la más destartada, la más sucia, la más repulsiva de las covachas de cualquiera de los bien conocidos barrios de indigentes de la capital, causaría justificada envidia de los habitantes de “Paraná Cinco”.

El barracón

Pero aún dentro de “Paraná Cinco” hay pocas viviendas que resistan comparación con el barracón de la propia colonia.

¡El barracón! Mágica es la eficacia de esta palabra para impresionar nuestra mente con la idea de un albergue tétrico, miserable e inhumano. Al penetrar en un barracón se comprende cuán terriblemente imperioso es el instinto del hombre de dormir bajo un techo y entre cuatro paredes. De no ser así, no podría concebirse la existencia de seres capaces de aceptar un barracón, antes que el frío cortante pero puro de la intemperie nocturna. Como casi todos los de su género, el barracón de “Paraná Cinco” tiene el piso de tierra, las paredes de viejos tablo-nes de madera y el techo de zinc.

Y hay sobre él, en nuestra libreta de apuntes, las siguientes observaciones y comentarios:

Son las doce del día, pero en el interior de este antro aún parece que es de noche.



Al penetrar en un barracón (este de Paraná Cinco en un central azucarero oriental) es que se comprende cuán terriblemente imperioso es el instinto humano de dormir bajo techo. De no ser así, resulta inconcebible que haya seres capaces de aceptar este miserable albergue y no el frío cortante pero puro de la intemperie nocturna.

Raúl quiere tirar unas fotos y para ello abre los huecos que hacen de puertas y ventanas, y aleja a los curiosos. Pero todo es inútil. Aquí sólo la relampagueante luz de un “flash” produciría la iluminación necesaria. Y el fotógrafo, enemigo de la luz artificial, prefiere acogerse a la penumbrosa claridad que penetra por las hendijas de las paredes.

“El barracón está dividido en tres secciones por tabiques.

En el centro de la sección en que nos encontramos hay dos travesaños que corren paralelamente y como a la altura de un hombre. De cada uno de estos travesaños cuelgan varias hamacas, que son el lecho habitual en estos lugares.

En el suelo, en una esquina, hay tres pedruscos renegridos por el fuego y cubiertos de ceniza: el fogón.

Finalmente, pegados a las paredes hay varios cajones, cerrados con candados y que deben hacer las veces de escaparate para sus propietarios.

Y más nada.

El barracón es la expresión suprema de la penuria y la escasez. En él no hay nada superfluo, y casi nada de lo más necesario. Ya vemos que un inventario de su contenido se reduce a las hamacas para dormir, el fogón para cocinar y el cajón para guardar algunos útiles personales.

Tampoco tienen muchos más objetos en sus chozas los habitantes de una sociedad primitiva. Y mucho más desnudos están los cubiles de los animales. Y sin embargo, ¿acaso el nivel de vida de los hombres que pueblan estos barracones mejor que el de los miembros de una sociedad incivilizada?, ¿acaso disfrutaban de esos medios de vida que colocan a los seres humanos en un plano superior al de los animales? E, incidentalmente, ¿acaso el sostenimiento de estas condiciones de vida es lo que hace “incosteable” la industria azucarera cubana?



Las condiciones de vida de los obreros agrícolas en Cuba se cuentan entre las más bajas del mundo y desde cualquier ángulo que se le mire: habitación, vestido, alimentación o salud. A la vista, la niña desnuda y parasitada, estampa de todo un escenario que incluye el vestir harapiento, la comida escasa y la choza lamentable sin servicios sanitarios, agua corriente o luz eléctrica.

Lo que comen ... cuando comen

Las condiciones de vida en el sector agrícola de la industria azucarera son de las más bajas, desde cualquier ángulo que se las examine: habitación, vestido, alimentación, higiene. No vamos a extendernos en ello. A la vista están las fotos reflejando el harapiento vestir de hombres y mujeres, la lastimosa desnudez de los niños, la insalubridad presente y dominante doquier: en la choza, en la toma de agua, en el “excusado” maloliente.

Pero digamos algo de la alimentación.

Nosotros nos dimos a la tarea de visitar la mayoría de las viviendas de “Paraná Cinco”, de introducirnos en ellas y mirar el fogón para, cuando estaba encendido, destapar la olla y observar con nuestros propios ojos la verdad sobre el régimen alimenticio de aquellas gentes.

¿Y qué decir al respecto?

En primer término, señalaremos que *el menú dominante en todos aquellos pobres hogares se reducía a yuca y boniato hervidos*, sin mayores aderezos. Es decir, la vianda tal y como se arranca de la tierra y con el poco de fuego y agua necesarios para ponerla en condición de ser consumida por el organismo. En las

colonias agrícolas, se reciben apenas las calorías que se han de quemar al siguiente día en los campos de caña.

Por cierto, al hablar de esto, recordamos la reacción de un viejo obrero, a cuya covacha llegamos preguntándole en tono afable qué tenía para el almuerzo de aquel día.

El pobre anciano, pensando seguramente que veníamos a pedirle de comer, con voz entre temerosa e indignada, nos decía entonces, a tiempo que protegía con sus arrugadas manos el papel que tapaba la olla en que se cocían las viandas:

—No sé ... ¡no sé qué'ay! Aquí no hay comida pa'da a nadie... ¿No ve?... mu'poca.

Por contraste, en la caseta de yaguas más desvencijada del batey nos hallamos con la mayor diversidad de platos de toda la colonia.

Era un bohío pequeño y paupérrimo, con paredes de yagua y pedazos deteriorados de madera, cartón y lata, dividido en dos. De una parte, el “dormitorio”, constituido por una ruinosa cama de hierro sin más colchón que unos trapos y sacos viejos. En un ángulo de la choza colgaba un rústico lecho infantil, medio cunita, medio hamaca.

—Hoy tenemos frijoles verdes y arroz con plátano —nos dijo la mujer que habitaba en la covacha—, es como si tuviéramos fiesta.

Y luego, quizá para demostrarnos a nosotros, de fuera, que no dejaba de haber una fuerte rebeldía interior ante aquellas horribles condiciones, agregó:

—Mire usted en qué forma vivimos aquí... ni los animales... sería mejor vivir en un árbol.

¡Y eso durante la zafra!

Esta situación que estamos exponiendo, téngase presente, la están atravesando los obreros de la colonia agrícola mencionada habiéndoles ya comenzado la zafra, lo cual quiere decir que hemos descrito sus condiciones de vida en el período en que lógicamente disfrutaban del máximo de bienestar asequible para ellos durante los doce meses del año.

Pero otra es la situación cuando termina la zafra.

¿De qué viven estas familias durante el tiempo muerto?

Sus recursos de supervivencia son entonces bien escasos. En épocas en que no había restricción, podían ganar ocasionalmente unos centavos, limpiando y asistiendo las cañas. Pero esta oportunidad desapareció desde la restricción. Desde entonces, habida cuenta la cantidad de caña que les ha de quedar en el campo, las empresas no se ocupan en la mayor parte de los casos de atenderlas en el tiempo muerto.

Así, la situación de estos trabajadores y sus familias es realmente difícilísima en esa dura etapa del año. Sencillamente, tienen que resolverse a pasar hambre y vivir del préstamo, la rapiña y la mendicidad. Por otro lado, obsérvese que los obreros agrícolas azucareros carecen en muchos casos del crédito que suelen —o so-

lían— tener los obreros industriales. Y que no poseen, como los colonos pobres, un pedazo de tierra en la que puedan cultivar algunas viandas, granos y frutos menores para su mantenimiento, *a pesar de la existencia, junto a sus míseras colonias, de miles y miles de caballerías de tierra latifunditaria.*

Los factores directos

Sin entrar a analizar las causas fundamentales de esta situación, contemplando puramente los factores externos directamente influyentes en la misma, podemos decir que la penuria del obrero agrícola azucarero se debe:

1. *A los bajos jornales que recibe y la falta de trabajo durante la mayor parte del año.*

2. *Al alto costo de la vida.*

Respecto a lo primero, recordamos lo que nos decía el dirigente de los obreros agrícolas de “Paraná Cinco”:

—Suponga usted una cuadrilla de tres macheteros. Trabajando desde las cinco de la mañana hasta el mediodía, pueden cortar unas 400 arrobas de caña, que representan \$6.88 de jornal. Divida esa cantidad entre los tres obreros, y verá que cada uno recibe alrededor de \$1.60 diarios.

—Es bien poco —reconocimos— no llegan a cincuenta pesos.

—¿Cincuenta pesos? —replicó entonces irónicamente. Eso sería si se ganaran todos los días. ¡Pero acuérdesse de la restricción! Aquí estamos trabajando solamente tres o cuatro días a la semana. La compañía sólo pone cinco carros a cargar, y cuando se nos va la mano hay que parar el corte y esperar que se levante toda la caña que está en el suelo.

Naturalmente, esta realidad no es privativa de “Paraná Cinco”. A unos kilómetros de allí se encuentra la colonia “Júcaro”, donde los obreros nos informaron que la semana anterior a nuestra estancia allí habían estado parados tres días. Y el lunes y el martes siguientes sólo habían trabajado medio día. Y el mismo en que los visitamos nada más que unas dos horas.

Tampoco, insistimos, es esto un problema único del central en que se hallan ubicadas esas colonias. *Esto es así en todos los ingenios, en todas las colonias del país, desde que se inició la política restriccionista.* Recuérdese que la zafra de 1952 duró 115 días, pero que la de 1953 sólo alcanzó 86 días y la de 1954, 81 días.

El costo de la vida

Por otro lado, tenemos que mientras los ingresos de los obreros azucareros se reducen por rebaja de jornales y disminución de los días efectivos de labor, el costo de la vida se mantiene inmovible por todo lo alto.

Con la libra de papas a 8 y 10 centavos, la de arroz a 16 y a 20, la de manteca a 25 y 30, no hay jornal

suficientemente elástico en el campo cubano para alimentar con lo más necesario a una familia.

Esta realidad del alto costo de la vida, es casi siempre desconocida por los economistas oficiales, los dirigentes de los hacendados y los grandes colonos, cuando se refieren al “alto costo de producción” de nuestra industria azucarera.

Un fenómeno expresivo

Tales problemas han dado lugar a la aparición de ciertos fenómenos sociales, que hacía años no tenían lugar en Cuba, al menos con la intensidad con que ahora se están produciendo.

Nos referimos, por ejemplo, a esa suerte de migración interna que se está desarrollando de modo impresionante en el país de un tiempo a esta parte.

Este hecho es bien palpable en los pueblos del interior, a los que han estado arribando durante los últimos años, en cantidades cada vez mayores, miles de hombres y familias que abandonan el batey, empujados por la perspectiva de perecer de hambre y necesidad.

Por supuesto, debido a la ausencia de centros fabriles donde encontrar trabajo y con las actividades comerciales reducidas a su mínima expresión por la propia situación azucarera, *estas gentes que huyen del campo no hacen sino gravitar pesadamente sobre las ya maltrechas economías locales*, y acentuar su propia desesperación al no encontrar empleo, ni parientes ni amigos capaces de aceptar una nueva carga.

La mendicidad, es casi siempre la solución obligada en estos casos.

De un lado para otro

El fenómeno migratorio a que hacemos referencia, es tan importante desde el aspecto señalado, de traslado masivo de familias del campo para los pueblos y ciudades, como cuando ocurre en forma individual.

En nuestro viaje por el interior para recopilar datos para esta serie de reportajes azucareros de *Carteles*, nos encontramos en el mismo tren procedente de Antilla, a dos hombres jóvenes, trabajadores azucareros que pueden resultar ejemplos típicos de lo que decimos.

Uno, era un muchacho negro, de fornido aspecto, que nos dijo ser estibador. Venía del central “Cayo Mambí”, donde se le acabó el trabajo. Luego, había estado en Antilla, pero tuvo que abandonar este puerto también por falta de empleo. En el momento que nos tropezamos con él se dirigía a “San Germán”; “y si tampoco encuentro trabajo allí, vendo la ropa y sigo viajando hasta donde me alcance el dinero”, decía.

Más dramático era el caso del otro obrero que venía en el propio tren, y con el cual conversamos durante largo rato.

Este, trabajaba en los campos de caña de la “United Fruit Co.”, en Banes. Pero como este año las cañas no



se limpiaron ni asistieron, y como estaba “empeñado hasta los ojos”, dejó la mujer y los hijos en casa de sus padres, y salió desesperado a buscar trabajo “donde lo haiga”.

A pie... ¡desde Camagüey!

Pero nada comparable con otro caso que vimos. Fue en el camino hacia “Paraná Cinco”, precisamente. Íbamos en un *jeep* y de pronto nos encontramos con un hombre todo harapiento, barbudo y sucio, que nos hacía señas desde la vía ferroviaria por donde venía caminando con paso lento y cansado, para que detuviéramos la marcha.

Lo hicimos, y en cuanto se acercó nos pidió, casi nos suplicó que le lleváramos de balde hasta la próxima colonia.

Para justificar la petición, agregó:

—Aunque no lo crean... ¡vengo a pie desde Camagüey! Luego comprobamos que no mentía. La falta de trabajo le había hecho caminar a este hombre de un pueblo a otro, de una colonia a otra, cientos de kilómetros.

Pero por toda la zona en que ahora se encontraba no había posibilidad de trabajar.

—Compadre —le dijo compasivamente uno de nuestros acompañantes, dirigente obrero de la región— aquí no hay trabajo para nosotros, ¿cómo crees que lo va a haber para uno de fuera?



No obstante, como es costumbre en estos casos, comenzaron a gestionarle que pudiera cortar “un bulto” de caña (400 arrobas) para que cobrara el jornal “y siguiera camino”.

Así están las cosas.

Los problemas planteados

La situación de los obreros azucareros —y ya nos estamos refiriendo al sector completo: agrícolas e industriales— plantea cuestiones de vital trascendencia para el país. Se trata de los hombres que laboran en nuestra fundamental fuente de ingresos. Y se trata nada menos que del destino de medio millón de personas, cifra cuadruplicable si se las considera en unión de la familia. Cuando estamos escribiendo —miércoles 19 de enero— aún no se han fijado las condiciones en que va a desenvolverse la próxima zafra y hay una cuestión planteada entre el sector obrero y el de los hacendados y grandes colonos, con relación a la ascendencia de la producción y a la congelación de los salarios del sector. Refirámonos a esto último.

Los dirigentes de los hacendados piden la descongelación de los salarios para rebajarlos.

Y los trabajadores se han opuesto a la medida.

La posición de éstos, si se la analiza objetivamente, está justificada. La realidad es que se les ha dejado caer encima el peso de la crisis azucarera, reduciéndoseles los días efectivos de labor y los jornales, negándoseles el pago de la llamada superproduc-

ción, demorando el inicio de las reparaciones y cerrándoles el crédito en las bodegas. Todo esto, ha venido a agravar las terribles condiciones en que estos obreros viven, como hemos visto en el curso del reportaje.

El ángulo económico

Pero tal cuestión no debe ser juzgada solamente desde un ángulo puramente humano.

Interesa plantear el aspecto estrictamente económico. Y desde este punto de vista lo que importa preguntar es: ¿qué efectos puede traer a la economía cubana un nuevo reajuste en los salarios azucareros?, ¿es de verdad imprescindible esta rebaja para la supervivencia de las empresas?

La economía del país

Como señalábamos, en los momentos en que estamos escribiendo aún el Gobierno no ha fijado las condiciones en que ha de producirse esta zafra. Sin embargo, *cualquiera que sea su decisión al respecto*, es conveniente analizarla teniendo en cuenta los hechos siguientes:

La zafra de 1953 duró 29 días menos que la de 1952.

La zafra de 1954, a su vez, duró cinco días menos que la de 1953.

Esta reducción en el número de días de labor, ha representado para los obreros azucareros una pér-

dida total en jornales (sumados los dos años) por valor de 270 millones de pesos.

Y esa cantidad debe ser apreciada, tomando en consideración el papel tremendamente decisivo que juega en la economía cubana el jornal azucarero. Sobre esto hay que insistir poco. Porque ya es del dominio común los efectos que en las otras ramas de la producción y el comercio nacionales han causado esos 270 millones de pesos dejados de circular.

Así, ante la perspectiva de una zafra aún más restringida, y ante la petición de los hacendados y grandes colonos de descongelación de salarios, *la opinión verdaderamente responsable del país* se ha estado preguntando inquieta durante las últimas semanas, hasta qué punto la economía cubana, en su conjunto, será capaz de resistir otro rudo golpe como los recibidos durante los años 1953 y 1954.

La situación de las empresas

Por otro lado, ¿es ciertamente imprescindible el reajuste de los salarios para la supervivencia de las empresas azucareras?

A esta pregunta se puede dar respuesta, sin temor a equivocaciones, teniendo en cuenta los siguientes hechos:

1. *Durante los años anteriores a 1952, las empresas azucareras disfrutaron de una etapa de prosperidad sin precedentes en su historia, repartiendo grandes dividendos y acumulando millones de pesos en "superávit" no distribuidos.*

2. *A partir de 1952 las utilidades de estas empresas parecen haber disminuido un tanto. No obstante, en muchos casos, se han mantenido altas. Y de todos modos, la mayoría cuenta ahora con reservas suficientes para hacerle frente a una situación adversa, durante años, sin que por ello tengan que declararse en ruina.*

Estas no son desde luego afirmaciones gratuitas. He aquí algunas pruebas:²

Entre 1946 y 1952 la "Cuban Atlantic Sugar Co." y sus subsidiarias (propietarias de los ingenios "Alava", "Conchita", "Hershey", "Lugareño", "Morón", "Mercedes", "Rosario", "San Antonio" y "Stewart") *declararon utilidades por valor de \$45 823 507.* Estas empresas,

podieron así pagar los años citados, dividendos de \$1,87 a \$3,50 anuales, por cada acción de \$5. Además, habían acumulado *superávit* por valor de \$10 387 301.

Parecido es el caso de "The Cuban American Sugar Co." (propietaria de los centrales "Chaparra", "Delicias", y "Merceditas"), la cual *obtuvo en el período citado de 1946-1952 utilidades por un valor de \$30.215,272.* Obsérvese que tales utilidades son las que se reparten luego de haber deducido todo tipo de gastos, impuestos, etcétera. La "Cuban American", con tales ganancias, pudo abonar dividendos anuales de \$1 y \$2.25 sobre acciones comunes de \$10.

Y, para terminar, otro ejemplo:

La "Francisco Sugar Co.", dueña de los centrales "Elia", y "Francisco" *reconoció ganancias entre 1946 y 1952 por valor de \$10 267 339,* pagando dividendos desde 50 centavos hasta \$2.50 y quedándose todavía con un *superávit* acumulado de \$10 387 301.

Lo que decía Ferrara

A esto precisamente se refería recientemente Orestes Ferrara (polémica con Luis Mendoza) al decir que las empresas azucareras "que durante años habían ganado tanto, bien podían resistir un poco de pérdidas".

Y ahí estamos con Ferrara.

Porque dudas no caben que en la bolsa de valores hay recursos suficientes para hacerles frente a unos años de adversidad. Y que, donde no los hay, es en los bateyes y en los barracones perdidos en la inmensidad de los cañaverales, donde medio millón de cubanos ven perecer sus familias de penuria, desnudez y consunción.

30 de enero de 1955, pp. 46- 49

¹"Paraná Cinco" es una colonia de un central de Oriente. No debe pensarse, sin embargo, que la hemos escogido para desarrollar este reportaje por algún motivo particular. Precisamente fue seleccionada porque refleja condiciones que son más bien generales en todo el país para este tipo de sector. Por otro lado, ese central comenzó a moler a principios de enero, como cosa excepcional, lo cual facilitaba el trabajo del redactor y el fotógrafo.

² "Manual of Sugar Companies Farr and Co.", New York (1952-1953).



1 235 000 PERSONAS DESOCUPADAS EN CUBA

El hecho más trascendental ocurrido en la economía cubana durante la última década es, sin lugar a dudas, el pavoroso aumento experimentado por las cifras de la población sin trabajo.

En estos momentos, de acuerdo con estimados oficiales,¹ hay en nuestro país más de 1 235 000 desocupados. Millón y pico de desocupados en una nación de solo 5 854 000 habitantes es, dicho sea de paso, una cantidad verdaderamente aterradora. *En Cuba quiere decir que más de la tercera parte de la población apta para trabajar carece de empleo.*

Por otro lado, esta es la más alta proporción de desocupados que se recuerda en nuestra historia. Y lo angustioso es que crece por día debido a que la economía del país ha adoptado un ritmo regresivo, en tanto que la población crece ininterrumpidamente.

Este auge del desempleo se ha estado produciendo a lo largo de la última década. Sin embargo, durante los últimos años se ha desarrollado más velozmente, con motivo de la crisis azucarera.

Problema nacional

La falta de trabajo se extiende por todo el país.

Hay desocupados en la ciudad y en el campo. En los muelles y comercios. En los cañaverales y fábricas.

Para miles de jóvenes que arriban a la edad en que se les puede considerar aptos para el trabajo, las perspectivas de encontrar uno son muy remotas, cualesquiera que sean sus condiciones y preparación.

Los hombres y mujeres que tenían un empleo y lo han perdido, difícilmente volverán a recuperarlo. Y aún para quienes actualmente tienen trabajo la situación es difícil.

Analálcese si no el cuadro de los distintos sectores de la producción nacional.

Muchos de ellos están paralizados totalmente. La terminación de la zafra, por ejemplo, tiene parados hace ya más de tres meses a 90 mil obreros de los ingenios. Pero además, otras industrias que no son la azucarera están produciendo a media máquina y sus trabajadores solamente tienen ocupación dos o tres días de la sema-



Al abrirse las obras del Túnel bajo la bahía de La Habana, la cantidad de gente que acudió allí en busca de empleo fue tal que hubo un desorden público. Aquí los aspirantes a trabajar hacen cola para llenar la planilla que les facilite obtener empleo.

na o tres o cuatro meses al año. En muchos casos, ha habido reducción de sueldos y jornales.

La situación más crítica es la del campo.

En estos momentos hay más de 400 mil obreros agrícolas desocupados. Entre ellos, los que menos posibilidades tienen de hallar trabajo son los azucareros, el 65% del total.² Para estos la situación está siendo y promete ser —si el nuevo gobierno no toma medidas— de las más terribles.

Recuérdese que ahora las zafras tienen cada vez menos hojas en el almanaque y que el tiempo muerto se ha convertido en la cosa más inerte del mundo porque, con las restricción, las cañas no se han asistido.

Pero en las ciudades la situación no es envidiable.

En el puerto de La Habana sólo dos de cada ocho obreros obtienen trabajo cada día. El resto tiene que permanecer cruzado de brazos sin ganar un centavo. Las fábricas textiles hace ya mucho que dejaron de producir a su capacidad, y tienen miles de obreros semiparalizados o paralizados totalmente.

En los talleres de confección los períodos de paro estacional han sido estos tres últimos años más largos que nunca.

Los obreros del ramo de la construcción se ofrecen para trabajar por jornales inferiores al mínimo oficial, y no obstante a ello no encuentran quien los contrate.

En todos y cada uno de los sectores de la economía nacional lo que priva hoy es la disminución del ritmo productivo, caída de los ingresos, el reajuste de la utilización de un número cada vez menor de obreros y empleados, y la reducción de las horas de trabajo pagadas.

Los trabajadores: menos ingresos

Esta situación se refleja bien en las cifras globales de sueldos y jornales percibidos por los trabajadores durante los últimos tiempos.

De acuerdo con la recaudación de la Caja de Salud y Maternidad, en efecto, durante los cinco primeros meses de 1952 las personas ocupadas en empresas privadas en Cuba recibieron un total de \$348 836 053.

Pero en igual período de 1953 sólo obtuvieron \$283 342 700.

Y en el de 1954 —el actual— no más de \$275 377 950. Es decir, que en lo que va de año, ya los trabajadores llevan percibidos \$73 millones menos que en 1952,

Hay unos 830 mil obreros agrícolas pero de ellos 445 mil tienen trabajo solo una parte del año.

Cualquiera que sea el gobierno que surja como resultado de las elecciones del próximo 1° de noviembre, ha de encontrarse con que Cuba se halla atravesando —desde muchos puntos de vista— uno de los momentos más cruciales de su historia. Especialmente en el terreno económico la situación es decisiva. Factores de orden interno —estructura económica semicolonial, monocultivismo y otros— y de orden externo— crisis mundial, caída del azúcar— han colocado al país en penosa situación.

El resultado de la gestión del nuevo régimen, pues, dependerá de su actitud ante un grupo de problemas básicos. El objetivo del presente reportaje y de los que le seguirán, radica en el simple planteamiento de los más importantes de ellos.

En este primero, se habla del que quizás es el más grave de todos: el desempleo.

Las cifras oficiales, revelan un pavoroso aumento en las cifras de la desocupación en nuestro país. En menos de diez años el número de personas sin trabajo ha aumentado en más de 333 mil personas. Y hoy en Cuba tenemos permanente y estacionalmente desocupadas 1 235 000 personas, la más alta proporción de nuestra Historia.

cantidad cuya falta de circulación se ha hecho sentir muy intensamente en toda la economía nacional (véase nuestro reportaje sobre el descenso de las ventas de los comercios, *Carteles* de agosto 15 de 1954, No. 33).

Invertir este proceso y lograr que los ingresos de los trabajadores cubanos adopten nuevamente un ritmo ascendente, será una de las cuestiones básicas a resolver en el próximo nuevo gobierno.

¿Que está ocurriendo?

¿Qué es lo que está ocurriendo en Cuba?

En Cuba está ocurriendo sencillamente que las fuerzas de la desocupación y la crisis, presentes siempre en su economía deformada y colonial, han sido agravadas de pronto en toda su magnitud por el derrumbe azucarero y por la falta de una política eficaz y consecuentemente defensora de los intereses nacionales.

En 1943, en plena guerra, había 404 mil desocupados permanentes y 497 mil semidesocupados.³

Finalizada la guerra, a estos 901 000 desocupados se añadieron los de una serie de industrias y sectores que hicieron crisis al desaparecer ciertos sectores es-

timulantes creados por el conflicto bélico y faltar al mismo tiempo la debida protección estatal.

Hace cuatro o cinco años, por ejemplo, el autor recuerda un estudio que reflejaba la existencia de más de 60 mil escogedores de tabaco, 40 mil obreros de la construcción, 25 mil textileros y de la aguja, 30 mil de calzado y 3 200 de la industria de la galleta y conserva que estaban prácticamente parados todo el año.

Durante el primer período de la postguerra, esta situación se disimulaba por la bonanza que existía en el país debido al auge azucarero.

Ahora bien, al entrar también en crisis hace dos años esta primera industria, el precario estado de las demás se ha hecho evidente y ha empeorado. Así además de las cuantiosas cifras de desocupación anteriores, *hay que añadir que en la actualidad, las producidas directa o indirectamente por la caída de las exportaciones y el precio del dulce producto.*

No es solo en Cuba

El gobierno que surja como resultado de las elecciones del próximo 1° de noviembre, al considerar esto último, tomará en cuenta también que el grave problema cubano tiene una envergadura algo más que local.

Cuba no es luego el único país sumido en una etapa crítica.

La economía norteamericana pongamos por ejemplo, arribó también ya a los niveles bajos del ciclo económico clásico, entrando de lleno en el período llamado ahora de “recesión”. Y en Estados Unidos igual que aquí, el reflejo más inmediato de esa etapa se encuentra en las cifras del empleo. De acuerdo con el último reporte oficial del vecino país —correspondiente al pasado julio— allá hay en estos momentos 3 346 000 desocupados, una de las cifras más altas de la postguerra, Se trata, pues, de un problema internacional. Y como tal deberá afrontarlo el régimen que el pueblo decida darse el 1° de noviembre.

26 de septiembre de 1954, pp. 42-43

¹ Según los estadígrafos de la Junta Nacional de Economía, basados, entre otros datos, en el Censo Decenal de Población de 1953.

² Según el Censo Agrícola de 1946.

³ Véase la nota 1 arriba.



¿POR QUÉ MUCHOS CUBANOS ESTÁN ABANDONANDO A SU PATRIA?

Entre 1902 y 1930 se calcula que arribaron a Cuba más de un millón de inmigrantes. Entre ellos había miles de españoles, judíos del centro y este de Europa, sirios, libaneses, palestinos, chinos, antillanos, hombres de todas partes del mundo.

Pero, a partir de la década del treinta, el fenómeno inmigratorio comienza a languidecer, hasta casi anularse. Entonces comenzó a producirse el fenómeno contrario. O sea, que en lugar de venir grupos masivos de personas de fuera a establecerse en Cuba, ocurrió que las gentes de Cuba empezaron a marcharse para establecerse fuera.

¿A qué se debió tan sustancial viraje en el proceso migratorio cubano?

¿De dónde venían la mayoría de los inmigrantes que llegaron a Cuba durante los primeros treinta años de la República?

¿A dónde van los cubanos que desde entonces se marchan en busca de otras tierras?

Para estudiar la economía cubana no hay como asomarse a la historia de un proceso inmigratorio, especialmente durante la etapa que comienza luego de su liberación política de España.

A través de sus primeros treinta años de vida, nuestra República fue una nación típica de inmigrantes; es decir, de gentes que venían de fuera, de todas partes del mundo, en busca de mejora económica y de un más alto nivel de vida.

A partir de entonces, precisamente cuando se inicia la llamada crisis estructural de la economía cubana, ese fenómeno inmigratorio va reduciéndose, hasta casi anu-

larse. En determinados momentos, además, el proceso se invierte y de gran país receptor de inmigrantes nos transformamos en uno de emigrantes; es decir, de gentes que van, que huyen, ahogadas por una situación económica cada vez más apretada, y sin ninguna perspectiva inmediata de progreso.

Entre 1902 y 1930 se calcula que arribaron a Cuba más de un millón de inmigrantes.¹ Muchos siguieron viaje, pero no menos de 600 mil se quedaron y arraigaron y crearon familia. Entre ellos habían miles de españoles, judíos del centro y este de Europa, sirios, libaneses y palestinos, chinos, norteamericanos, yucatecos, puerto-

riqueños y antillanos. La mayoría de estas gentes se fundió con la población cubana. Otros fueron más reacios al proceso asimilativo y hoy constituyen colonias perfectamente diferenciadas, gracias a una celosa conservación del idioma, la cultura y otros elementos de la nacionalidad.

Pero, según indicábamos antes, a partir de la década del treinta el fenómeno inmigratorio empezó a languidecer, hasta casi anularse. Entre 1919 y 1931 llegaron a Cuba 598 906 personas. Mas, entre 1931 y 1943 solamente entraron 20 505 el descenso de la curva inmigratoria fue, pues, violentísimo.

Y entonces comenzó a producirse el fenómeno contrario. O sea, que en lugar de venir grupos masivos de personas de fuera a establecerse en Cuba, ocurrió que las gentes de Cuba se marchaban en cantidades apreciables, para establecerse fuera.

Así desde 1930 a la fecha, suman decenas de millares los hombres y mujeres que han salido de Cuba para ir a residir a otros países, especialmente Estados Unidos de América, México y Venezuela.

El fenómeno, luego diremos por qué, es digno de la preocupación de todos los cubanos que sientan por su patria.

Ahora bien, ¿por qué se produjo luego de 1930 tan sustancial viraje en el proceso inmigratorio cubano?

¿Por qué desde esa fecha los cubanos se están yendo de Cuba?

Y, volviendo a lo primero, ¿de dónde procedía la mayoría de los inmigrantes que vinieron a Cuba a principios de este siglo? ¿Por qué abandonaron su tierra natal? ¿Cuántos inmigrantes españoles arribaron en ese período? ¿Cuántos judíos? ¿Cuántos haitianos y antillanos? ¿Cuántos sirios? ¿Cuántos chinos? ¿Qué papel desempeñan hoy esas gentes en la economía nacional?

Veamos como se puede responder a todo esto en un puñado de cuartillas.

La inmigración europea

En primer término tenemos la inmigración europea.

Muchos de los inmigrantes que llegaron a Cuba entre 1902 y 1930 procedían del Viejo Continente. Esto es explicable, porque una de las características más sobresalientes de los años finales del siglo pasado, y de los primeros del presente, es el extraordinario movimiento migratorio que se produce en Europa. “*Las estadísticas de los puertos europeos*”, se dice en un estudio fundamental al respecto, “*comprueban que anualmente pasan de 1 500 000 los individuos que desde 1900 marchan a países lejanos en busca de medios de existencia que no hallan en su patria*”.²

El dato, además de interesante, tiene anexa la explicación del fenómeno. Porque la emigración de Europa se produce, en lo fundamental, como consecuencia del empobrecimiento de grandes masas de su población y el crecimiento del desempleo,

agudizado por las críticas alternativas de la economía mundial.

Los inmigrantes que llegaron a Cuba durante los primeros años de la República, ¿quién no lo sabe o lo recuerda?, venían solamente con la ropa puesta y unos céntimos en los bolsillos, sin más patrimonio que un par de brazos para trabajar y un espíritu desesperado dispuesto a luchar y abrirse paso. La estampa del polaco (judío esquenaz) vagando por nuestras calles vendiendo “corbatas baratas” es simbólica. La del español que soltaba el resuello en la bodega del tío o en el cañaveral, también.

Las guerras, la intolerancia étnica o religiosa, la represión política, fueron por supuesto factores presionantes de la emigración. Pero más bien de modo circunstancial o secundario. Además, en el fondo de tales causales, ¿no se encuentra siempre el elemento económico?

Más importante es destacar el papel que desempeñó en ese proceso el acreditamiento de las facilidades de transportes: el auge de la navegación, la construcción de grandes vapores, la competencia entre las empresas y el abaratamiento consiguiente del pasaje contribuyeron en no escasa medida a impulsar la corriente emigratoria europea de principios de siglo.

La inmigración española

Sólo vamos a referirnos de pasada a la inmigración española que llegó a Cuba, la cual, por su importancia, es suficientemente conocida.

No menos del 60% de todos los inmigrantes que han llegado a Cuba en toda época han sido españoles. La mayor parte de ellos se arraigó al país y no volvió a salir de él. En cuanto a los hombres, la inmensa mayoría se desplazó ocupacionalmente hacia la industria azucarera y el comercio. Las mujeres se dedicaron fundamentalmente al servicio doméstico.

El año récord de la inmigración española en Cuba fue el de 1920, en el que arribaron a nuestras costas más de 94 000 personas procedentes de las Islas Canarias y de la Península.

Sin embargo, Cuba no es el primer país en cuanto a captación de inmigrantes españoles. Lo fue, y por muy largo trecho, la Argentina

La inmigración judía sefardita

En 1492 —precisamente dos años antes de que Colón hiciera vela rumbo a nuestras tierras—, los Reyes Católicos ordenaron que todos los hebreos o judíos residentes en España se bautizaran o, de lo contrario, salieran de España. Como consecuencia de esta compulsoria medida un gran número de judíos —cantidad que fluctúa entre 200 y 500 mil personas, según los historiadores—, se vio obligada a abandonar la península y buscar, errante, un nuevo hogar. Casi todos sin embargo, fueron a establecerse en el norte

de África y el Este de Europa (Grecia y los Balcanes), manteniendo su unidad étnica y religiosa, sus tradiciones, y el castellano como lengua.

A estos judíos procedentes de España se les llamó desde entonces judíos sefardim, sefardíes o sefarditas.

Al cesar el coloniaje hispano en Cuba, con el empeoramiento de las condiciones de vida, la inestabilidad política y las guerras en la región balcánica, muchos de aquellos judíos sefarditas decidieron abandonar Europa y establecerse en América. De ellos, algunos escogieron Cuba como punto de destino, por ser esta nación joven, en etapa de crecimiento y con la que tenían de común el idioma.

Desde principios de la República, efectivamente, nuestras listas de inmigrantes apuntan año por año, a cientos de griegos, turcos, búlgaros, serbios, hombres que habían nacido o residido por mucho tiempo en las correspondientes naciones, pero que eran de origen judío sefardita.

¿A cuánto ascendió numéricamente esta inmigración?

El cálculo exacto es difícil por la deficiencia de las estadísticas y la variedad de nacionalidades que comprende el grupo citado. De todos modos, parece evidente que el aporte mayor vino de Turquía. Entre 1902 y 1907 llegaron a Cuba 689 turcos. Pero entre 1922 y 1926, un quinquenio récord, llegaron 2 655.

Muchos judíos sefarditas se repatriaron o fueron para otros países. Pero la mayoría quedó en Cuba, constituyendo familia.

“Polacos” y judíos askenazim

Los judíos askenazim o azquenazitas, es decir, los no sefarditas que, luego de seculares persecuciones y ciclos migratorios se hallaban disgregados por toda Europa (aunque sobre todo por la región de Polonia y Rusia), también vinieron a Cuba en sustanciales cantidades.

La inmigración judía askenazita era no obstante muy diferente a la sefardita.

En primer término, como hemos visto, los sefarditas son descendientes de los que fueron expulsados por España en el siglo XV, y hablan el castellano. Los askenazitas, no. Entre éstos el idioma común — además de los variados que dominan según su país de residencia—, es el *yiddish*, que los sefarditas no comprenden. Los libros y publicaciones hebreas de Cuba vienen por eso en dos idiomas: castellano para los sefardim, y *yiddish* para los askenazim.

En segundo, los askenazitas vinieron a Cuba en época y por motivos diferentes que los sefarditas. Estos empezaron a llegar desde la inauguración de la República. En cambio, los askenazitas, lo hicieron casi todos luego de terminada la Primera Guerra Mundial, especialmente durante los primeros años de la década del veinte.

Y luego, los sefarditas dejaron Europa con la idea fija de venir a residir a Cuba. Los otros, por el contrario, embarcaron para América con el propósito de ir a residir

a los Estados Unidos. Llegaron a nuestro país, porque le convenía como estación de tránsito, porque permaneciendo en él determinado tiempo superaban las trabas legales inmigratorias norteamericanas. Pero sucedió que en 1924 Estados Unidos estableció un rígido sistema inmigratorio a base de cuotas, y muchos de los askenazitas que hacían tiempo en Cuba tuvieron que quedarse con las ganas de dar el salto. Mientras, la mayoría había encontrado algún trabajo y establecido relaciones. En consecuencia, arraigaron definitivamente en el país.

Por otro lado, ya señalamos que casi todos los sefarditas provenían del arco balcánico y de Grecia. Los askenazitas, sin embargo, procedían generalmente de Polonia, Rusia y Lituania. *La aportación polonesa fue quizá la mayor, porque la emigración de judíos de ese país (sobre los que se desató una gran represión económica, política y religiosa, luego de la Gran Guerra), fue también la más sustancial.*

Esta emigración polonesa se desplazaba sobre todo a Estados Unidos. Entre 1908 y 1913 a Norteamérica estuvieron arribando a un ritmo de 12 a 15 000 por año. El proceso se detuvo durante la guerra. Pero se reinició con más ímpetu después. *En 1921 llegaron a Estados Unidos 95 089 polacos.* Varios miles también se marcharon rumbo a la Argentina.

A Cuba, en este período, arribaron también muchos rusos, polacos y lituanos, aunque, hasta 1924, según ya expusimos la mayoría siguió viaje hacia el Norte. A pesar de constituir una unidad étnica y religiosa y de proceder de tan distintas nacionalidades, a esta inmigración se le concedió popularmente con el nombre de “inmigración polaca”. Y desde esa época a los judíos “sefardim” y “askenazim”, lo mismo si vienen de los Balcanes, que si vienen de Rusia, que si vienen de Polonia, que si vienen de Lituania, se les conoce criollamente con el nombre de “polacos”.

La inmigración siria

El imperio turco llegó a ser en el siglo XVII uno de los más grandes y poderosos del mundo, al extremo de que la historia de los dominios cristianos en los tiempos modernos es también la historia de las luchas contra la hegemonía otomana.

Entre los pueblos sojuzgados por Turquía se encontraban los localizados en el arco asiático que cierra el Mar Mediterráneo: Palestina, Siria y Líbano. El imperio otomano comenzó a desmembrarse y decaer desde principios del siglo XVIII. Sin embargo, la liberación de las regiones citadas no se produjo hasta después de la Primera Guerra Mundial, y claro, en forma muy relativa, puesto que el patrocinio turco fue sustituido por el británico y el francés.

Las dificultades sociales provocadas por los distintos regímenes opresores se sublimaron durante años en un proceso migratorio, que las más de las veces tenía como punto de destino América.

Así fue como desde fines y principios del siglo pasado, decenas y cientos de palestinos, libaneses y sirios, vinieron a dar a Cuba.

Las estadísticas de que disponemos prueban que el crecimiento de esta inmigración se produjo a partir de 1902, aunque desde muchos años antes se había iniciado. Durante la guerra de 1914 se detuvo, pero luego se reinició con más fuerza. El año más destacado desde el punto de vista numérico fue 1924 en que desembarcaron por nuestros puertos 1 373 sirios y 715 palestinos, y una cantidad no determinada de libaneses.

La mayor parte de estos inmigrantes, añadamos como dato curioso, eran cristianos (maronitas, ortodoxos y protestantes) y una minoría era hebrea y musulmana.

Otras inmigraciones europeas

Por supuesto que de otros países de Europa, como Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica, Italia, Austria-Hungría y demás, también vinieron miles de inmigrantes en el período a que estamos haciendo referencia (1902-1930).

Pero aquí nos hemos referido solamente a los grupos inmigratorios más interesantes y numéricos. Y hay que observar que una gran parte de las personas que arribaron a los países arriba citados, lo hacían con carácter provisional, a fin de proseguir luego viaje a Estados Unidos o a la América del Sur. Además, muchos eran hebreos, inmigración de la que ya hemos hablado en epígrafes anteriores.

La inmigración antillana

A principios de este siglo ocurrió en Cuba un fenómeno de expansión azucarera similar al experimentado cien años atrás. Esta vez sin embargo el auge azucarero se caracterizó por el proceso de concentración industrial (cada vez menos ingenios, pero ingenios de mayor capacidad productiva), la intervención del capital extranjero (fundamentalmente norteamericano) y el auge del latifundismo.

También es cierto que en esta ocasión el desarrollo de la industria azucarera se produjo a expensa de las otras, es decir, que *más que desarrollo económico lo que experimentó entonces Cuba fue un proceso de deformación económica.*

Pero como en los finales del siglo XVIII y principios del XIX, este crecimiento azucarero exigió mayor cantidad de mano de obra y, dado el móvil lucrativo que lo impulsaba, de mano de obra barata. Esta circunstancia fue el factor generador de un movimiento migratorio que, en cierta forma reproducía el esclavista habido una centuria antes.

Nos estamos refiriendo a la inmigración antillana, o “importación” de braceros haitianos y jamaicanos que tuvo lugar, sobre todo luego de mayo de 1913, cuando el presidente Menocal la autorizó por decreto.

Entre 1915 y 1930 entraron en Cuba legalmente 112 925 jamaicanos y 188 068 haitianos, es decir, más de 300 mil hombres de esas nacionalidades. Clandestinamente se dice que llegaron algunos más. Y si bien es cierto que una gran cantidad se repartió, también lo es que otra quedó definitivamente en el país haciendo un aporte directo a nuestro crecimiento demográfico.

Las causas que produjeron esta suerte de inmigración quedan perfectamente expuestas en las siguientes líneas de Ramiro Guerra, a las cuales nos adherimos, eludiendo así la necesidad de mayores explicaciones:

En Camagüey y Oriente, dice el citado autor en *Azúcar y población en las Antillas*, se importan braceros no porque no los haya en Cuba dispuestos a trabajar en aquellas provincias, sino porque cuestan menos. Una prohibición absoluta y terminante de importar braceros no obligaría a dejar una mata de caña en pie, sino a pagar salarios más altos a los trabajadores del país. Esto no conviene a las compañías azucareras, pero es de vital importancia para la economía nacional de Cuba y para el trabajador cubano... En Camagüey y Oriente el latifundio azucarero domina la tierra y paga salarios ínfimos. ¿Cómo es posible que se pueblen nunca esas provincias como no sea de desdichados a quienes la miseria acosa en su país?

Otras inmigraciones americanas

Además de Haití y Jamaica, a Cuba vinieron durante los primeros años de la República inmigrantes de otros países, principalmente de Estados Unidos, México y Puerto Rico. La más numerosa fue la inmigración norteamericana (unos 40 000) pero integrada fundamentalmente por hombres de negocios y funcionarios de las empresas azucareras. Casi todos venían para volverse a ir a los pocos meses o años.

Mexicanos y puertorriqueños arribaron también, alrededor de 12 000 de cada nacionalidad.

Inmigración china

La inmigración china, prácticamente nula desde 1873, se reanudó en 1919, llegando entre ese y los cinco años siguientes cerca de 20 000 chinos, los que se unieron a los supervivientes y descendientes de ellos venidos el siglo pasado. Ocupacionalmente se dedicaron a la horticultura, la lavandería, el comercio y los restaurantes. En la Habana se localizaron en un barrio típico, donde habita la mayoría.

Cesa la corriente migratoria

Desde 1925 y “de manera ininterrumpida, la inmigración se reduce alcanzando ya solamente 12 219 inmigrantes

en 1930. Está claro que la razón de esta disminución inmigratoria hay que buscarla desde 1924 en adelante, empieza a producirse la grande y continuada caída de los precios del azúcar, iniciándose desde entonces la crisis estructural de la economía cubana.³

Hasta 1925, en efecto, la producción azucarera estuvo acusando un alza más o menos continuada. Ese año tuvimos una producción “récord” de más de cinco millones de toneladas. Había además buenos precios. Y, en consecuencia, también cierta demanda de empleo, aunque ello no quiere decir que se hubiere alcanzado el “empleo total” ni mucho menos. En esa época había decenas de miles de cubanos que no tenían trabajo, y que tampoco pretendían hallarlo en una industria azucarera que pagaba centavos por una jornada de sol a sol.

Luego del año mencionado los precios y la producción azucarera comenzaron a descender. La población, entre tanto, seguía creciendo (aunque a ritmo más lento), y como el desarrollo económico había sido unilateral y no había otras grandes industrias que absorbieran la mano de obra que el azúcar iba dejando ociosa, el desempleo empezó a aumentar de modo fantástico. Con los aranceles del año 1927 se fundaron algunas industrias, pero pocas en relación con las necesidades del país. Y, dado que aquella situación aun no ha sido superada, hoy se dice que desde 1925 *Cuba está sufriendo una crisis estructural en su economía*. Es decir, crisis de su estructura económica monoprodutora.

Como es lógico esta crisis estructural tenía que reflejarse en su movimiento migratorio. La Isla perdió atractivo para las gentes de fuera, que cuando venían lo hacían precisamente con la idea de encontrar trabajo. A un país que tendía más bien a empobrecerse y a reducir su nivel de vida (como se ha probado científicamente), ¿quién iba a emigrar? La Ley de Nacionalización del Trabajo de 1934 acabó de dar el golpe de gracia a la casi ya nula corriente humana extranjera que llegaba a Cuba.

Pero eso no es todo.

Los cubanos se van

A partir de la década del treinta se inició un movimiento migratorio en Cuba de signo contrario al que hasta entonces se había producido. O sea, según expresamos antes, que en lugar de venir gentes de fuera para el país, las gentes del país comenzaron a irse para fuera, también en busca de medios de vida.

Lamentablemente no existen estadísticas capaces de reflejar exactamente este movimiento tan interesante y digno de estudio e inquietud. Nosotros intentamos hacerlo recurriendo a cálculos estadísticos indirectos, pero la usual premura periodística nos lo ha impedido. Podemos brindar, sin embargo, algunos datos.

El grueso de la emigración que se produce en Cuba a partir de la fecha en que se inicia la crisis estructural de

su economía se desplazó hacia países cercanos de la América. Y los principales receptores del éxodo fueron Venezuela, México y Estados Unidos.

La emigración de cubanos hacia Venezuela es bien notoria. Desde principios de la década de 1930 de Cuba salieron *familias enteras* decididas a establecerse allá. El estímulo dado en distintas etapas por el gobierno del vecino país a ese movimiento ha contribuido a acrecentar el fenómeno. Hoy son miles los cubanos que tratan de ganarse la vida en el campo, la explotación petrolera, el comercio y la industria venezolana.

En México hay viviendo actualmente, según estimados, alrededor de cinco mil cubanos.

El desplazamiento hacia Estados Unidos es aún más evidente.

Entre 1946 y 1954, ambos años inclusive, un período que no llega siquiera a una década, se han marchado para residir en Estados Unidos ¡35 645! cubanos, según los informes que nos fueron suministrados en la Embajada de ese país.

La emigración que está teniendo lugar de Cuba no representa un peligro en el sentido de que se vaya a despoblar el país, o que estemos perdiendo material humano en cuantía tan sustancial como para afectar cualquier plan de progreso nacional. Pero, de todas maneras, es un hecho que merece atención por lo que tiene de dramático reflejo del estado actual de nuestra economía.

Nadie se apresta a abandonar su tierra natal, su familia, todo, para ir a correr una imprevisible aventura en otra nación, a veces de lengua, cultura y formación extrañas, si no es impulsado por una situación que en algunos casos llega a ser desesperada.

Es significativo que el grueso de estas emigraciones esté compuesto de gente joven, que apenas comienza a recorrer la etapa de vital aptitud para el trabajo.

En tal orden de cosas sí puede apuntarse lo negativo y paradójico que resulta que nuestra nación esté sosteniendo un sector humano que, precisamente en el momento en que pasa a ser económicamente productivo y capaz de devolver lo que se ha aportado para su desarrollo, abandona el país, y se marcha a otro *donde se aprovechan sus fuerzas*.

Naturalmente, se alegraría que en el estado actual de las cosas, en fin de cuentas, Cuba no puede utilizar ese sector que ha ido creando, porque debido a la estructura de su economía y el correspondiente desempleo, esas gentes constituyen una suerte de carga que pesa sobre la población que está realmente activa, la que ha podido hacerse de un trabajo.

Todo esto es verdad. Como lo es también que el éxodo se produce como consecuencia de la negativa de miles de esos hombres a convertirse en un lastre improductivo para su país, y que su decisión de abandonarlo, en infinidad de casos, tiene lugar cuando han agotado sus energías buscando trabajo, tratando de encontrar un campo en que aplicarse para progresar y ser útiles.

La emigración, ciertamente, se produce en los cubanos de sangre joven e impetuosa, con madera inconforme de luchadores, que, sin embargo, no han visto dibujada en su espíritu la perspectiva de una patria históricamente destinada al progreso. Y por supuesto, la tarea de impulsar éste la tienen en las manos los que aquí quedan, decididos a retar y cambiar la situación que ha provocado el exilio de sus hermanos.

LOS CUBANOS SE VAN DE CUBA

Visas de residencia otorgadas por Estados Unidos
a cubanos entre 1946 y 1954 (*)

1946	3,555
1947	3,339
1948	3,402
1949	3,307
1950	3,068
1951	3,347
1952	3,577
1953	4,055
1954	7,995

**Total de cubanos que se
han ido a vivir a EE. UU** **35,645**

* Fuente: Embajada de los Estados Unidos de América.

Usted debe saber..

La mayor parte de los hebreos o judíos que llegaron a Cuba a principios de siglo eran sefarditas (españoles de origen), y se dedicaron a trabajar a jornal, o en el comercio minoritario. Hoy son unos tres mil.

En cambio los judíos askenazitas ("polacos" todos según bautismo popular, aunque hayan nacido en Rusia o Lituania o Hungría), que llegaron luego de la Primera Guerra Mundial, se dedicaron en parte al artesanado, aunque también muchos al comercio y el salariado.

Algunos tenían pequeñas fábricas de zapatos y confecciones. Con la producción arancelaria de 1927, se lanzaron a la producción en mayor escala, y hoy algunas de las grandes fortunas establecidas en el sector industrial del calzado, textil y de las confecciones están en manos hebreas. *Todos estos hebreos llegaron muy pobres. A principios de la década del treinta, no tenían dinero para pagar el alquiler de su local social y tenían que ser ayudados por organizaciones judías internacionales.*

Su progreso económico se nota en que esta misma semana inauguraron en Línea e I, Vedado, un nuevo local social y sinagoga, que les ha costado más de tres cuartos de millón de pesos.

Y ahora a otra cosa. Algunos economistas han llegado a decir que durante los primeros veinticinco años de República, con el auge azucarero y la demanda de mano de obra, que absorbió tanto inmigrante, en Cuba había "pleno empleo". Esto no es exacto. En Cuba nunca ha habido pleno empleo. Entre 1902 y 1925 hubo demanda de mano de obra, pero "barata". De ahí la importación de antillanos. Los cubanos no iban a trabajar a una industria que pagaba jornales que no alcanzaban para la subsistencia y en los que el trabajo se desenvolvía en condiciones infrahumanas.

En el folklore cubano hay expresivos vestigios de esa época. Para exponer las bárbaras jornadas de sol a sol, bajo la amenazadora mirada

del capataz, se popularizó entonces la frase de "Corta la caña –anda ligero– ¡mira que ahí viene el mayoral! –¡sonando el cuero!–."

Y para reflejar la negativa criolla a dejarse explotar en los campos de caña, puede recordarse también aquella de: "Yo no tumbo caña –que la tumbé el viento–."

Los países que más absorbieron la emigración europea de principios de siglo fueron Estados Unidos, y luego, muy por debajo, Canadá, Argentina, Cuba y Brasil.

Los judíos askenazitas venían a Cuba provisionalmente, y tenían la Isla como una suerte de trampolín para saltar al Norte. Al venir las restricciones inmigratorias norteamericanas muchos tuvieron que esperar turno. Pero algunos se desesperaban y trataban de entrar clandestinamente.

Un buen negocio en aquella época era el traslado de "polacos" al norte, ilegalmente. Pero esto tenía sus episodios casi cómicos y casi trágicos. Hubo emigrantes que pagaron el "pasaje" para el viaje clandestino. Salían de Cuba por la noche y, al amanecer se les decía que habían llegado, desembarcándolos en algún punto de la costa supuestamente norteamericana.

Los desdichados, entonces comenzaban a avanzar con sumo cuidado por el "territorio de Estados Unidos". De pronto ¡se tropezaban con un batey! Y con gentes que no hablaban inglés. Era que les habían engañado. Y durante la noche del "arriesgado viaje" habían estado paseándose por aguas jurisdiccionales cubanas. Después, ¿a quién iban a reclamar?

23 de octubre de 1955, pp. 46-49 y pp.111-112

¹ Julián Alienes. *Características fundamentales de la economía cubana*. La Habana, Publicaciones del Banco Nacional de Cuba, 1950.

² "International Migrations", vol. 1, National Bureau of Economic Research, USA, 1924.

³ Julián Alienes. Ob. cit.

LOS ADOLESCENTES CUBANOS DE HOY: ¿QUÉ HACEN? ¿QUÉ PIENSAN? ¿QUÉ LES PREOCUPA?

Cuando en Cuba se habla de adolescente, se infiere de inmediato que se habla de “pepillos”, o, para decirlo con una frase aun más popular, de muchachos que se encuentran en la inquieta y contradictoria “edad de la punzada”.

Y casi siempre, cuando se piensa en ellos, y como por ley de gravedad mental, se dibuja en el pensamiento un personaje, que a fuerza de genérico, a fuerza de característico, alcanza verdadera categoría de *tipo*.

Pero no un *tipo* cualquiera. Sino un ente humano específico, de rutilantes atributos, síntesis de una conducta común, de una apariencia común y de una actitud común ante el medio, que se refleja radical y tajante en la ropa y el gesto, en la voz y la opinión, y que tiende a constituir un universo propio, diferente, sólo comparable consigo mismo.

¿Qué es un adolescente? ¿Qué es un “pepillo”?

En lo externo, una edad: 15 ó 16 años. Una voz inestable que, en fracciones de segundo, cambia el registro del tono más bajo y grave al más alto y agudo. Un régimen de acicalamiento: cabellos bien peinados, zapatos lustrosos y camisilla ajustada, con las mangas recogidas dejando entrever los bíceps permanentemente contraídos. Un lenguaje: pintoresco y *chucheril*. Y una actitud: impositiva, capaz del más violento exabrupto ante la menor contrariedad.

Y en lo interno, algo más. Una incógnita. Un problema. A veces, algo así como una categoría insoluble de la especie humana.

Eso, al menos, es lo que se piensa, lo que se dice y lo que se opina corrientemente de los “pepillos”.

¿Pero son ellos nada más que eso? ¿O son algo más?

¿Es acaso inexplicable su conducta?

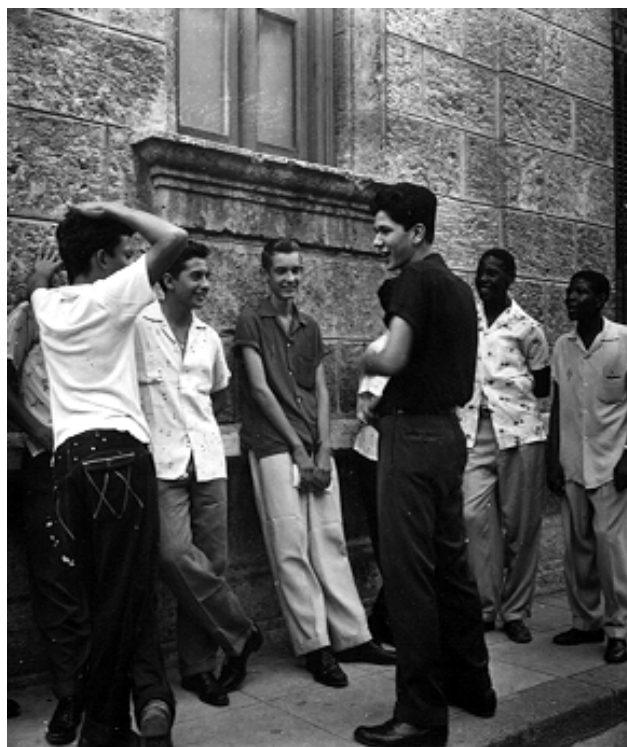
¿Son acaso inexplicables sus pensamientos?

Pero ¿es que tienen una conducta capaz de ser rastreada, capaz de ser definida? ¿Es que rumian algo propio, allá, en el interior de sus mentes inquietas y aparentemente superficiales? ¿Y es que se puede saber lo que piensan? ¿Se puede saber lo que les preocupa? ¿Se puede saber lo que proyectan?

Contestar estas preguntas fue, nada más, y nada menos, la tarea que la Dirección de *Carteles* encargó a los tres escritores arriba firmantes. Y ha de constar que no fue tarea fácil. Porque dirigirse a esos adolescentes tomados como sujetos de la investigación, era algo así como abrir libros inéditos, asomarse a mundos desconocidos, y leer pensamientos y preocupaciones a los que ni siquiera sus padres habían llegado.

Pero la tarea se realizó.

Y aquí están los resultados. Los resultados expuestos objetivamente. Sin comentarios. Sin especulacio-



Cabellos bien peinados, zapatos lustrosos y mangas recogidas: he aquí el típico pepillo criollo.

nes. La norma ha sido: que los muchachos hablen, que sean ellos quienes entablen el diálogo con el lector. Que ellos sean quienes les abran sus corazones. Que les digan lo que hacen, lo que piensan, lo que les preocupa. Que el lector forme sus conclusiones. Y que ellos sean los que digan si esta edad de “la punzada” —con todos sus defectos, con todas sus inquietudes, con todas sus incomprendiones— no es una edad digna de ser vivida otra vez.

¿Qué hacen?

¿Qué hacen los adolescentes cubanos? ¿Cuáles son sus actividades fundamentales? ¿A qué dedican su tiempo?

He aquí la primera tarea que se impusieron los entrevistadores.¹ Y he aquí la primera gran conclusión general que obtuvieron como resultado de la indagación: *las actividades cotidianas básicas de los adolescentes en nuestro país varían de acuerdo con el medio económico en que se desenvuelven.*

Así, Ángel, un joven de 16 años, hijo de un industrial, y con quien conversamos en casa de una profesora donde acude a repasar asignaturas, nos dijo:

—Yo estudio bachillerato...

—Y cuando no estudias ¿qué haces?

—Soy remero de mi club. En verano me gusta mucho nadar. Por cierto, clasifiqué en los semifinales de las últimas competencias. Cuando empiezan las clases, juego *basketball*...

En realidad, encontramos que todos los compañeros de Ángel —compañeros de club y de colegio— reparten en la misma forma su tiempo. *Porque estudio y deporte, en efecto, son las actividades fundamentales de los jóvenes de las familias que pudiéramos calificar de pudientes.*

En cambio, entre los miembros adolescentes de la clase media, el tiempo se utiliza de una manera más variada. Por manera que, si Freddie, hijo de un médico y estudiante de bachillerato, juega basket y en verano va a la playa, Ramón Alfonso, a pesar de sus quince años, trabaja en una oficina de contabilidad.

—Por las noches estudio secretariado comercial en una academia. Me estoy preparando para entrar en la Escuela de Comercio, quiero ser contador.

—¿Y qué haces los sábados y domingos?

—Voy a jugar pelota con varios amigos.

Por otro lado, encontramos que el trabajo es la ocupación fundamental en los jóvenes de familias de escasos ingresos. Y la primera preocupación, cuando no se tiene y hay que buscarlo.

Un muchacho negro de catorce años, Luis Roldán, contó que hacía seis meses que estaba aprendiendo el oficio de tornero en un taller.

Y he aquí un fragmento del diálogo sostenido con él:

—¿Trabajas todo el día;

—Sí, ocho horas...

—¿Cuánto ganas?

—Seis pesos semanales...

—¿Y estudias por la noche?

Dudó, pensó la respuesta, y luego respondió:

—Ahora, no. Llegué a cuarto grado en la escuela pública... Estaba pensando seguir por la noche.

—¿Qué te gusta más: estudiar o trabajar?

Sonrió, y contestó rápido:

—Trabajar.

Algunos de los muchachos de este grupo, sólo trabajan ocasionalmente y dedican casi todo el tiempo a vagar por su barrio. Como Carlos, un limpiabotas de 15 años. Los sábados y domingos sale con su caja y se instala en algún portal de la calle de Monte o visita algunas casas donde habitualmente le dan los zapatos a lustrar. En esos dos días hace tres o cuatro pesos, que le entrega a su madre. Los lunes por la tarde, va a la tertulia de algún cine de barrio y el resto de la semana se lo pasa correteando por las calles hasta las diez o las once de la noche.

Unos pocos estudian.

Abelardo, joven mulato de 16 años, que lleva ya dos años trabajando de mecánico en un taller, estu-

dia octavo grado en una escuela pública nocturna y quiere ingresar en la de Artes y Oficios.

Lo cierto es que de muchachos pobres se nutren las escuelas técnicas y de artes y oficios. Precisamente, de jóvenes como Abelardo que quieren dominar un oficio, o aprender alguno con el cual ganar dinero temprano.

—¿Practicas algún deporte?

—No.

Respuesta muy común. Porque ni Luis Roldán, ni Carlos el limpiabota, ni Abelardo, practican algún deporte. Las horas libres que tienen las pasan en la esquina de la casa con otros muchachos del vecindario, conversando.

Las muchachas

Entre las muchachas también encontramos diversidad de actividades, según el medio en que viven.

Las de familia de posición económica desahogada estudian: unas bachillerato, otras en la Normal de Kindergarten, otras en la Escuela del Hogar. Algunas aprenden canto y piano, aunque no con objetivos profesionales.

Ana, que estudia en la Escuela del Hogar, expresó:

—Me encanta la cocina... es mi *hobby*.

—¿Haces algún deporte?

—En cuanto comienza la temporada no falta una tarde al club. Me gusta mucho la playa...

—¿Nadas mucho?

—No. Me aburre un poco.

Ahora bien, entre estas muchachas, si es cierto que practican poco los deportes, no menos lo es que, de acuerdo con lo confesado por ellas mismas, el teléfono les absorbe una buena cantidad de tiempo.

Las muchachas de clase media sólo supieron decir que estudiaban secretariado, unas, y bachillerato, otras. La mayoría iba a alguna playa en verano.

Es distinto sin embargo el cuadro observado entre las jóvenes de recursos económicos inferiores. Varias entrevistadas trabajan en el servicio doméstico, y pasan todo el día en la casa donde están colocadas. Y por la noche van al cine o conversan con sus amigas en el portal del lugar donde viven.

La mayoría ayuda a su madre en las labores domésticas.

Gloria, que tiene 15 años, y cuyo padre es jornalero del Ministerio de Obras Públicas, tiene cinco hermanos menores. El más pequeño de cuatro años.

Dijo:

—Por la mañana tengo que ayudar a mamá a limpiar la casa, después, cocino. También baño a Luisito, el más chiquito de mis hermanos...

—¿Y por el mediodía?

—Coso, plancho... ¡a esa hora hay dos novelas por radio que siempre oigo!

—¿Y por la tarde?

—Doy clases de corte y costura, o voy a casa de alguna amiga.



Pepillo de familia de altos ingresos.

Lecturas

Un hecho destacable como conclusión a la investigación realizada es que los adolescentes cubanos leen poco.

Muy pocos jóvenes nos hablaron de la lectura. Apenas contaba para ellos. La mayoría casi nunca le dedica tiempo, y mucho menos siquiera un tiempo habitual.

Los entrevistadores nos encontramos con que, al respecto, teníamos que preguntarles, insistir; y siempre para que las respuestas fueran evasivas.

Un muchacho, socio de un gran club de Marianao, no pudo decirnos qué libros prefería: no conocía más que los de texto; otro, hijo de un comisionista, nos habló de algunas novelitas de misterio, de escasas páginas, que hojeaba en sus ratos libres; un muchacho que limpia el piso en una óptica y hace mandados, nos dijo, después de varias preguntas, que leía muñequitos de *Superman*.

Esta es la regla. Pero desde luego hay excepciones. Un estudiante, hijo de un empleado, con marcada vocación política, nos citó una larga teoría de autores y libros; sobre todo le gustaba Tolstoi, Balzac, Unamuno y Gorki. Otro, subrayó su preferencia por los libros de filosofía e historia; un tercero, leía cuanto encontraba “de guerra” y ficción científica.

Algunos estudiantes seleccionaban sus lecturas; pero la lectura dominante, sobre todo entre los muchachos pobres, es la de folletos de aventuras, novelitas “de guerra”, detectivescas y de misterio, que tanto abundan en

los estancillos de periódicos y revistas en los soportales de las principales calles habaneras.

Una muchacha nos habló de Joyce; dos de Amado Nervo y otra nos confesó ser una devota de José Ángel Buesa. El resto, si algo leían, es las novelas rosas de Corín Tellado y de M. Delly.

Ni jóvenes ni muchachas leen asiduamente periódicos y revistas. A lo sumo pasan la vista a los cintillos de primera plana; a veces parecen enterados de las noticias internacionales de mayor impacto. Pero no demuestran haber leído toda la información, conocer los detalles. Algunos expresaron su predilección por las planas deportivas. El hijo de un banquero nos dijo que siempre leía las noticias sociales, para estar al tanto de las fiestas y matrimonios, porque en ellas aparecían muchas de sus amistades.

Los muchachos pobres devoran las planas rojas de los periódicos y revistas. Están al tanto de los crímenes y los siguen en detalles.

Alberto, un joven dependiente, nos dijo que leía completa la página policíaca de un diario de la tarde y todas las semanas, “Dentro del Suceso” de Yáñez Pujol.

Las muchachas buscan en las revistas femeninas las últimas informaciones sobre las modas.

El cine

Todos los jóvenes y muchachas van al cine. Por lo menos una vez a la semana.

Un estudiante nos dijo que prefería las películas de calidad y nos habló de *Hamlet* y del *Ladrón de bicicletas*. “No me gustan los paquetes americanos”, agregó.

Pero, en general, los jóvenes muestran su inclinación por las películas de acción.

—A mí me gusta de leña y leña. Mucho golpe —nos declaró uno.

—Ayer vi una de espadachines que es un tiro.

—Yo voy a ver todas las de Tarzán.

—Siempre voy a la tanda los domingos. Ponen una película de *cowboys* y otra de detectives o de guerra. A mí las de amor me aburren...

Por el contrario las muchachas gustan de las películas románticas. Muchas nos hablaron con arrobo de *Sublime obsesión*.

Un detalle interesante: los varones se fijan poco en los actores. La mayoría no puede decir cuál es su actor o actriz favorita. No parecen tener ninguno. Es más, con dificultad podían mencionar un nombre. Uno nos habló de Richard Widmark.

Algunas muchachas demostraron preferencia por galanes como Rock Hudson y Stewart Granger. “Son muy monos”, agregaron. Una mencionó a Elizabeth Taylor. Las más pobres son asiduas del cine en español y simpatizan con Libertad Lamarque y María Félix.

La televisión

La conclusión a que arribamos es ésta: los adolescentes no ven televisión.

Ninguno de los programas les interesan.

Uno nos dijo que veía programas deportivos; otro nos mencionó dos programas musicales. Pero sin vehemencia. Son indiferentes a la televisión. Rara vez permanecen más de media hora delante de un receptor. Los productores de programas deben tomar buena cuenta de esto.

Bailes

Cuando a tres jóvenes de un exclusivo colegio de Miramar les preguntamos si bailaban, nos dijeron con naturalidad que sí, en el club y en las fiestas sociales. Era una actividad usual en ellos.

Los estudiantes de clase media van poco a bailes. Casi siempre bailan en fiestas familiares.

Entre los muchachos pobres nos encontramos algunos que eran grandes bailadores y no se perdían oportunidad de asistir a una fiesta o un baile dominical en los jardines de alguna cervecería.

Otros nos respondieron con timidez:

—No sé bailar.

En general la mayoría muestra poco entusiasmo por el baile.

A todas las muchachas les encanta bailar. Bailan bastante las que pertenecen a familias pudientes; las de clase media sólo en fiestas familiares y, en verano, en



los clubes. Las de escasos recursos únicamente en esporádicas fiestas familiares, en santos y cumpleaños en el vecindario.

Lo que piensan

Ya hemos visto *lo que hacen* los adolescentes cubanos de hoy.

Hora es, pues, de que profundicemos un tanto más en la indagación y, dejando a un lado la conducta externa, procuremos lanzar una mirada más o menos intencionada hacia su vida interior, por manera que, hurgando en algunos aspectos fundamentales de su concepción del mundo, demos con un haz de ideas que nos reflejen *lo que piensan*.

Es decir, lo que piensan acerca del medio que les rodea: Sobre su país, sus padres y sus amigos.

Y avanzaremos luego un poco más, para observar también *lo que les preocupa*. Pero eso será más adelante. Ahora limitémonos a investigar *lo que piensan*.

La situación del país

Y es conveniente que hagamos primero una aclaración.

De acuerdo con lo observado entre los muchachos y muchachas sometidos a la encuesta, parece ocurrir que entre los trece y los dieciséis años el pensamiento se encuentra poco interesado en traspasar las fronteras del medio inmediato.

A esa edad los jóvenes tienen ya formadas algunas ideas, digamos, sobre la situación general de su país. *Pero estas ideas, y es lo que queremos destacar, no ocupan un lugar habitual y prominente en el conjunto de sus pensamientos.*

Que ambas cosas son ciertas lo demuestra el siguiente diálogo, que puede tomarse como típico de todos los celebrados al respecto con los entrevistados.

Se le preguntó a un joven de quince años, estudiante de un centro secundario de enseñanza:

—A ver, Raúl, ¿y qué piensas de la situación general del país;

—¿Eh?... ¿cómo?, ¿cómo es la cosa?

—Quiero decirte: ¿piensas a menudo en la situación actual de Cuba? Más claro: en la situación económica, política, educacional, etcétera. ¿Te parece que todo está bien? ¿Te parece que las cosas deben seguir como están?

—Bueno... todo no está bien. Al contrario... deben cambiar.

—¿Cambiar? ¿Cómo?

—Bueno... cambiar, mejorar...

También es interesante apuntar que en este caso, y en la mayoría de los demás, cuando los entrevistadores intentaron obtener una mayor concreción en cuanto a las ideas políticas, se encontraron con que los muchachos se tornaban evasivos, aparte de que ponían cierto énfasis en afirmar que la política les era indiferente.

—¿Qué piensas tú sobre la política cubana?

—¿Política?

—Sí, sobre la situación política del país, por ejemplo.

—A mí no me interesa la política.

—Algo sabrás de ella...

—Bueno... me es indiferente.

Y la pregunta: ¿qué piensas sobre los políticos cubanos en general?, también provocaba un encogimiento de hombros. Sin embargo, varios contestaron: “Los hay buenos y malos... pero la mayoría lo que quiere es eso de... quítate tú para ponerme yo”. Cuatro jóvenes fueron más tajantes: “Aquí los políticos lo que quieren es encaramarse y robar”.

Sobre los maestros

Los muchachos, en general, consideran que los profesores y maestros que tienen son buenos. Uno de quince años, que hacía dos había dejado de estudiar —cuarto grado— para trabajar en un comercio, recordaba con admiración a un maestro “que a veces lo invitaba a su casa para conversar y le aconsejaba”.

Otro de la misma edad, que estudia bachillerato en un colegio religioso, dijo:

—El año pasado teníamos un hermano en clase que no nos gustaba, y a menudo nos dejaba en penitencia. ¡Bueno!... ¡Es verdad que lo fastidiábamos mucho! ¿Qué iba a hacer! El de este año, es muy bueno.

Sobre los padres

La mayoría de los jóvenes entrevistados reconoció que no tenía un alto grado de confianza con sus padres. Confianza, por supuesto, en el sentido de que éstos les sirvieran de guía y orientación en todos sus múltiples problemas cotidianos. El padre en funciones de consejero filial, por ejemplo, sólo lo encontramos en dos o tres casos excepcionales. Es importante apuntar que en ellos los padres aparecían envueltos para los muchachos, en una cierta atmósfera de prestigio.

Hubo casos negativos, sin embargo.

Jorge, que tiene 16 años y es hijo de un abogado, demostró cierto grado de distanciamiento, y quizás hasta de hostilidad hacia su padre.

—Yo siempre quise estudiar contabilidad, y él siempre me desvió de mi carrera. Nunca me ha entendido.

Y Joaquín, de la misma edad, que trabaja en una pelería en la que gana 25 pesos mensuales, y cuyo padre se casó recientemente con otra mujer, confesó que el “problema de su vida” era el modo como lo trataban en su casa.

Y añadió:

—No, no tengo la más pequeña confianza con mi padre. Figúrese que un día le dije: “Oye, tú...” y me contestó: “Déjese de confianzas... ¡déjese de confianzas conmigo!” Eso pasó hace mucho tiempo, pero no se me ha olvidado. Cuando gane más me independizo y me voy de la casa.

Por supuesto, este es un caso extremo.

Sobre los amigos

Mientras más pobre es un joven más amigos tiene. Se entiende, decimos amigos, y queremos significar amigos íntimos, confidentes, y no simples compañeros, más o menos circunstanciales.

Un joven de un gran club manifestó:

—Yo no tengo amigos íntimos. Mi confidente es mi padre.

Otro, de la clase media, exclamó:

—El que se confía de los amigos está perdido.

Pero en general, los estudiantes y jóvenes pobres tienen muchos amigos. Y hasta algunos se jactan de ello.

—¡Que si tengo amigos!... ¡Compadre, la Víbora entera es amiga mía!

Eso dijo un joven aprendiz de albañil.

Y se le preguntó entonces:

—¿Y de qué hablas tú con tus amigos?

—De películas, de “cosas malas”, del trabajo... ¡de todo!

Alguno dijo tener uno o dos amigos, con los cuales discutía sus problemas personales, mejor que con sus padres.

—Es que como mis amigos son iguales que yo, me entienden mejor. Me da pena hablar ciertas cosas con papá... ¿se da cuenta?

Las muchachas y sus relaciones

¿Qué piensan las muchachas sobre sus padres?

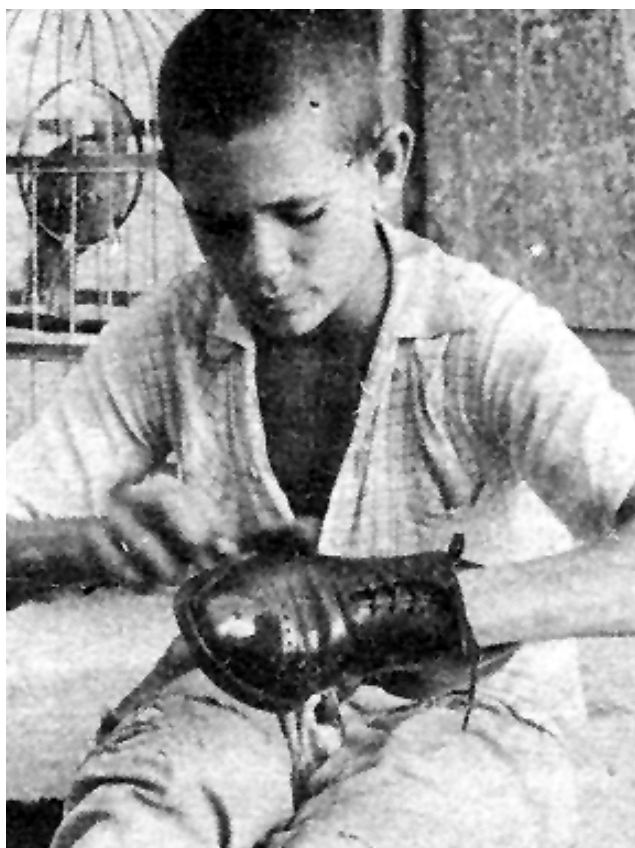
En términos generales parece que las muchachas son más apegadas a las madres.

Cecilia, de 16 años, expresó rotundamente:

—Mi madre es mi mejor amiga: puedo contárselo todo.

Pero es claro que casos como ése no son abundantes. Otras jóvenes afirman que se “sienten incomprendidas por sus padres”.

Una, que siente ciertas inclinaciones artísticas, parece que discute muy a menudo con su madre. El motivo es sencillo: ésta se opone a que concurra con tanta asiduidad a las emisoras de radio y televisión. La muchacha tiene una gran admiración por Gina Cabrera y Alberto González Rubio e insiste en la idea de que su vocación es ser artista.



Los jóvenes pobres empiezan a trabajar temprano.

Así, cuando se le preguntó cuál es su mayor preocupación, respondió sin meditarlo mucho:

—¡Mamá!

En cuanto a las amigas, la encuesta pareció demostrar que las muchachas de cierta posición económica las encuentran más bien en el colegio o en el club a que asisten habitualmente. Las muchachas más pobres, en cambio, tenían localizado el círculo de sus amistades juveniles en la vecindad de su casa.

Lo que les preocupa

¿Qué problemas alcanzan categoría de preocupación entre nuestros adolescentes?

No hay una, sino varias respuestas a esta pregunta. Además, tal y como ha sido planteada, envuelve la idea de lo cotidiano, lo inmediato, lo presente. Y al lector también quizá le gustaría saber: ¿y en cuanto al futuro? ¿no les inquieta, no les preocupa a nuestros jóvenes el porvenir?

Veamos cómo abarcar ambos aspectos.

Las preocupaciones presentes

—Si te pudiéramos que mencionaras, más o menos en orden de importancia, cuáles son los problemas que te preocupan usualmente, ¿qué responderías?

Así fue expuesta la cuestión a los entrevistados.

Y las contestaciones fueron muy disímiles, conforme lo que decimos a continuación:

Los muchachos pertenecientes a familias de posición económica muy desahogada, afirmaron, casi sin excepción, que lo que más les preocupaba eran los estudios. Por lo regular, además, concretaban: “Quiero decir, los exámenes... ¿entiende?”.

Entre los jóvenes que pudiéramos calificar como de clase media, la respuesta era parecida. Sin embargo, usualmente añadían al reconocimiento de inquietud por los estudios, este otro: “La situación económica en mi casa también me preocupa... Quisiera poder ayudar pronto a los viejos”.

Los jóvenes de muy reducidos recursos económicos, en cambio, parecían sentirse presionados por otro tipo de problemas. Los que tenían empleo, pensaban más bien en sus posibilidades de mantenerlo o de mejorarlo. Y los que no lo tenían se preocupaban más que nada por lograr uno.

Las preocupaciones sobre el futuro

Es necesario aquí hacer la misma diferenciación social del epígrafe anterior. También vale la pena recurrir con mayor liberalidad a los ejemplos.

Veamos primero cómo actúa la inquietud sobre el porvenir entre los muchachos procedentes de familias que disfrutaban de altos ingresos económicos. Aunque, para ser más exactos, debiéramos decir *cómo no actúa* la inquietud en estos casos. Porque, precisamente, lo más notable aquí es que el porvenir no es para ellos un problema, ni siquiera un motivo de desconfianza. En suma, no es una cuestión que alcance categoría de preocupación.

Carlos, que tiene dieciséis años y estudia quinto año de bachillerato, reaccionó así ante la pregunta del entrevistador:

—Preocupación sobre el futuro? Bueno... Yo no pienso en eso.

—Bien, pero tú tienes planes hechos, ¿no es cierto?

—Sí, claro.

—¿Y estás seguro que te van a salir bien?

—Bueno... yo creo que sí. ¿Por qué no?

—¿Y cuáles son tus proyectos?

—Ser ingeniero químico. Me parece que no lo haré en Cuba. Y luego iré a Alemania, para especializarme en cerveza. El viejo mío trabaja en una compañía de cerveza de aquí.

—¿Y luego?

—Bueno... claro, ¡trabajar en la compañía!

El ejemplo siguiente, tomado de la entrevista con otro muchacho, Enrique, quince años, estudiante de bachillerato, se desarrolla por el estilo:

—¿Y no te preocupa tu futuro?

—La verdad... no.

—¿Qué vas a estudiar?

—Derecho. A veces ya voy cogiendo los libros de mi hermano, que lo está estudiando, y los leo.

—¿Y qué piensas hacer cuando te gradúes?

—Papá tiene bufete... Claro, voy a trabajar con él.

Entre los muchachos que se pueden ubicar en las familias de recursos medianos no se observó un grado tan alto de confianza en el porvenir. En primer término su futuro lo proyectaban a un plazo más corto. *Más allá del momento en que el estudio de la carrera llega a su término, no se aventuraban a predecir los acontecimientos.* Además la propia consecución del título profesional —en el caso de los que estudian— es un hecho que les despertaba inquietudes.

Raimundo, de 16 años, hijo de un conductor de ómnibus, y estudiante de bachillerato, expuso:

—Yo pienso pagarme mi carrera. Cuando termine quinto año, o antes, si puedo, buscaré trabajo. Entonces empezaré a estudiar Ingeniería...

—¿Y estás seguro que las cosas te van a salir como tú las deseas?

—Bueno... Espero que sí. *Todo depende de mí.* De mi esfuerzo.

Obsérvese que hemos subrayado la frase “todo depende de mí”. *Y es que en la mayoría de los casos de adolescentes de recursos más o menos limitados, el afán de sujetar todas sus posibilidades de éxito en la vida al poder de la propia voluntad es una característica muy común.*

Uno de esos muchachos dijo:

—Me preocupa que pueda perder en el futuro este entusiasmo que ahora tengo por echar adelante. ¡La verdad es que uno puede llegar donde se lo proponga!

Como éste, los entrevistadores tropezaron con otros jóvenes influidos por literaturas estimulantes del tipo O.S. Marden. Uno leía “Cómo ganar amigos”, y trataba de aplicarlo. Y dijo con entusiasmo: “¡Ese libro se ha vendido por millones de ejemplares!”.

Entre los adolescentes de las clases más pobres, la encuesta reveló que sus preocupaciones en cuanto al futuro, están reducidas al mínimo. En la práctica no existen. Aparentemente, lo precario de la vida presente les absorbía de tal manera, que no les da lugar a pensar en las posibilidades de la vida futura.

Uno, que trabaja en un taller de mecánico, expuso:

—Me gustaría ser un buen mecánico.

Otro, encogiéndose de hombros, dijo:

—Quisiera mejorar de trabajo. Buscar uno en que pudiera ganar más.

Pero la respuesta más corriente era:

—¿El futuro? Bueno... no sé no he pensado en eso...

En cuanto a las muchachas

Pero lo dicho vale para los jóvenes entrevistados del sexo masculino. ¿Y qué en cuanto a las muchachas? Estas, en llegando a los 16 años, parece que comienzan a meditar con seriedad sobre el porvenir. En la mayor parte de los casos, aunque no en todos por supuesto, piensan en la posibilidad de trabajar cuando mayores. En esto se parecen a los varones. Pero las distingue el hecho de que, junto a las posibilidades de empleo, y en igual calidad, colocan las de carácter matrimonial.

A pesar de esto, fue una conclusión de los entrevistadores que los jóvenes parecen tener mayor diversidad de preocupaciones que las muchachas.

El amor: ¿una preocupación más?

Ante el amor manifestaron una diversa actitud los jóvenes y las muchachas. *En general a las hembras les preocupa más el amor que a los varones.* Aunque al tratar el tema en toda su amplitud mostraron todos una gran resistencia, profundas reservas mentales. Lo eludían claramente.

Los alumnos de un gran colegio, a quienes entrevistamos nos dijeron tener todos novia. Novia pedida, formal, aceptada por los padres.

Algunos estudiantes de clase media también tenían novia, aunque a escondidas de sus padres. Habían escuchado a éstos decir repetidas veces que no debían comprometerse hasta no ganar dinero. Y esta opinión los embarazaba.

Los más pobres ni siquiera pensaban en el asunto. Uno, por excepción, nos dijo:

—Yo tengo novia, pero los padres de ella se oponen, ¡claro, como no soy nadie!

Final

¿Cómo resumirlo todo?

La encuesta nos ha revelado que los adolescentes no son tan incomprensibles. Detrás del pepillo hay un mar de dudas, de vacilaciones, de confusas actitudes ante su

CARTELES inicia con este trabajo una serie de reportajes sobre diversos asuntos de vital importancia para nuestro futuro. El problema de la juventud es el primero que ocupará nuestra atención. En él queremos asomarnos sobre los sentimientos y preocupaciones de aquellos jóvenes que llegan ahora a esa época ingrata de la pubertad, a esa etapa de la vida que el sentir popular califica, certera e irónicamente, como “la edad de la punzada”. Estos adolescentes constituyen los hombres y mujeres del mañana, de un mañana inmediato, y el saber cómo piensan y sienten sobre ellos mismos y sobre nosotros tiene un indudable sentido humano, aparte de un gran interés práctico.

Esta serie de reportajes, que quieren ser a manera de unas limitadas encuestas dentro de diversos sectores de la opinión pública nacional, serán hechos por equipos de tres o más colaboradores de **CARTELES**, con la intención de eliminar de los mismos toda influencia personal y darles carácter más objetivo.

LOS PEPILLOS Y LAS PEPILLAS

¿En qué se parecen?

Los jóvenes y las muchachas en la edad crítica, en la edad de transición de los catorce a los diecisiete años, se parecen, antes que nada, en la duda que sufren, en la vacilación que los ata, frente a los problemas que afrontan. Problemas específicos, concretos, privativos de ellos. Problemas que no se presentan antes y que se desvanecerán después. En efecto: ¿qué pensar de sus padres que no son capaces de asomarse al caos en que se debaten? ¿Qué pensar de un mundo que les resulta bello y hostil al mismo tiempo? “Esto está mal, hay que cambiarlo”, dijeron algunos. Sí. Pero, ¿cómo cambiarlo? Y, ¿qué es exactamente lo que hay que cambiar para que todo sea mejor?

Y mientras estas incógnitas se despejan, andan inquietos, con el alma tensa y la mirada escrutadora. Y buscan la acción, porque presumen que sólo ella puede quebrarles las cadenas que los entorpecen. O la ilusión que presagia días hermosos. Por eso los jóvenes buscan las películas de acción y las muchachas las novelas rosa. Y ambos se hunden en el gran sueño del cine que les brinda imágenes de la vida activa, variada, inquieta. De vida intensa, como se desea a esa edad.

¿En qué se diferencian?

El mundo de los varones es más variado y diverso que el de las muchachas en esta etapa. Los jóvenes de las familias de altos ingresos y de la clase media se preocupan por sus estudios y entrenan sus músculos en el deporte. Los pobres ya han comprendido la importancia y necesidad del trabajo. Pero todos gustan del ejercicio o lo que ello representa en vigor corporal, en músculos pronunciados, en prestancia física. Prefieren las cintas movidas de *cowboys*, de guerra, detectivescas y de misterio. Y empieza a interesarles la situación nacional e internacional, aunque débilmente todavía. Comienzan a comprender que el mundo no es perfecto y que precisa de sus esfuerzos para mejorar.

Las muchachas ya piensan en el matrimonio y la constitución de un hogar. Algunas ya sueñan con niños. Y aguardan estudiando o trabajando. Mientras escuchan novelas radiales o charlan largo rato por teléfono. Otras tienen aficiones artísticas y quieren ser artistas: aman la fama fácil y deslumbrante. Los jóvenes constituyen el tema predominante en sus conversaciones. En general todavía no los comprenden y alguna se lamentó de que sean “tan raros”. Es que anhelan príncipes azules y ven películas románticas y leen novelas rosas de Corín Tellado y M. Delly, donde humildes pastoras se truecan en duquesas por el amor de un noble. Pero todos consideran que el mundo es “bello” y la vida “digna de vivirse”.

familia y el mundo. Pero al acercarnos a ellos lo amorfo se define las líneas se acusan y surge el ser angustiado que busca un puesto bajo el sol, un lugar en un mundo que no acaba de entender.

Y este pepillo temeroso, a pesar de su audacia; preocupado, no obstante su aparente superficialidad; vacilante en el fondo de su simulada firmeza, pide orientación y guía en la vida. Una orientación y una guía que sólo pueden dárselas los que comiencen por comprenderlos, por explicarse el aparente caos vigente en sus pensamientos y preocupaciones.

Creemos que esta encuesta puede ayudar mucho en el camino de esa imprescindible comprensión.

16 de septiembre de 1956, pp. 48-51, 81

¹Este reportaje forma parte de unas encuestas de opinión patrocinadas por *Carteles* y fue realizado colectivamente por los escritores Marta Vignier, Gregorio Ortega y Oscar Pino Santos ((N. del A.).